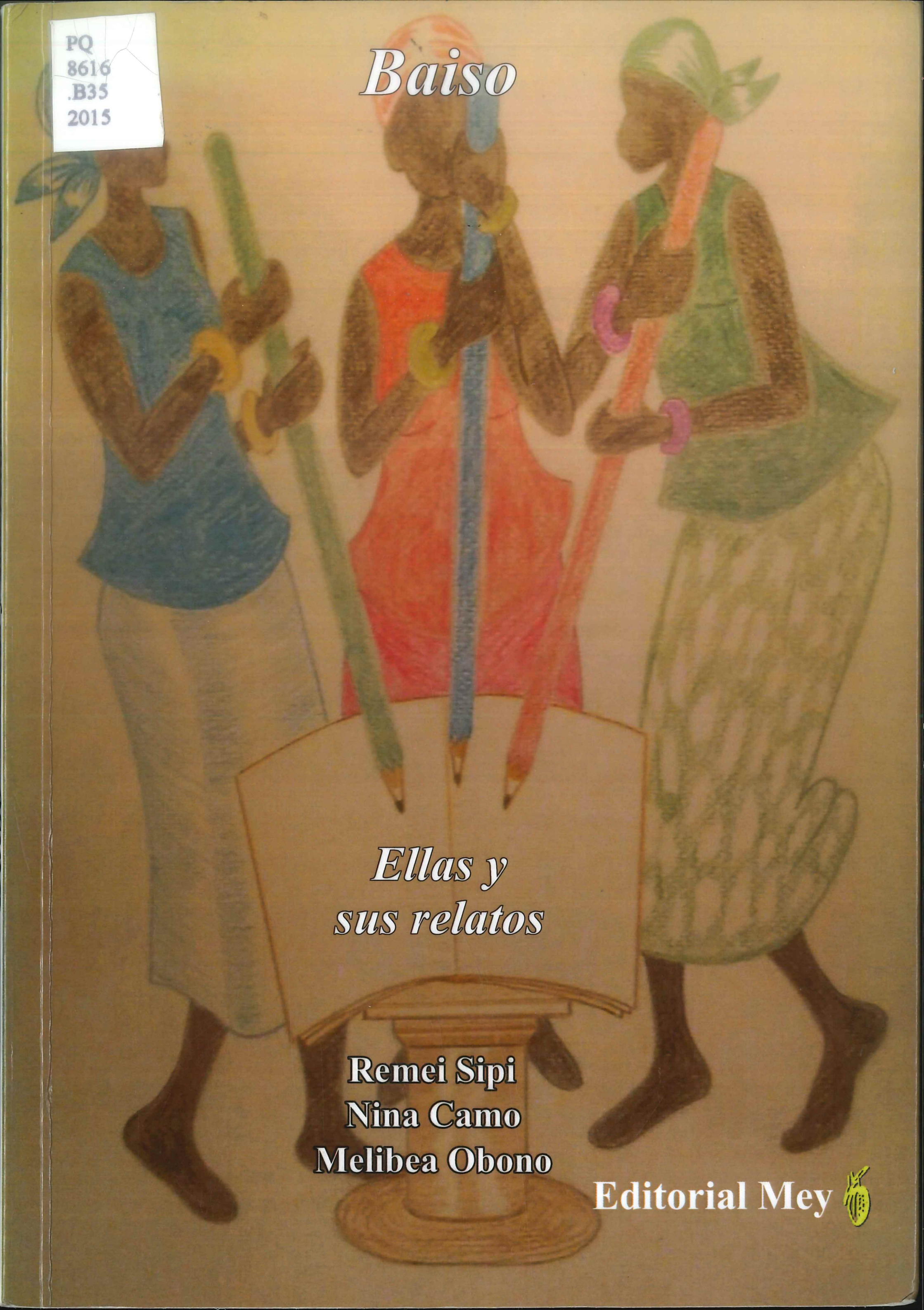
Baiso



Ellas y sus relatos

Remei Sipi
Nina Camo
Melibea Obono

Editorial Mey

Remei Sipi

Remedios Sipi Mayo nace en Rebola el 30 de abril de 1952. Diplomada en educación Infantil. Estudios de Genero y desarrollo.

Escritora y Editora.

Nina B. Camó

Teopista Bokesa Camó, a la que le gusta firmar sus trabajos como Ninah B. Camó, por hacerle un guiño al pueblo de Basakato de la Sagrada Familia (Bioko-Norte, Guinea Ecuatorial), que la llamó así desde que le vio nacer en 1964. Estudió Imagen y Sonido en Formación Profesional, con un premio de Fotografía en su haber.

Melibea Obono

Trifonia Melibea Obono Ntutumu Obono nace el 27 de noviembre de 1982 en Evinayong –provincia de Centro Sur-Guinea Ecuatorial.

Licenciada en ciencias políticas y de la administración, periodismo y máster en cooperación internacional y desarrollo (Universidad de Murcia, España). Actualmente trabaja de profesora en la universidad Nacional de Guinea Ecuatorial y colabora con varios medios de comunicación nacionales.

Baiso

(Ellas y sus relatos)

Remei Sipi

Nina B Camó

Melibea Obono

1ª Edición abril 2015
Impreso en Barcelona www.solgraf.cat
Portada. Sara Cuentas Ramirez
Corrección textos JA Viñayo

ISBN 978-84-606-7344-6

Editorial Mey
remeisipi@gmail.com
Tel. 626 413 034
www.remeisipi.com

Prólogo

Guinea Ecuatorial. País en construcción, país inacabado, país desconocido. Devastado por la primera dictadura, desmoralizado y debilitado por la segunda, sólo la literatura nos ha abierto sus amables puertas para conocer sus gentes, su desasosiego y su tesón en la dura batalla diaria por la supervivencia. Letras amargas, irónicas, que siempre han sabido dar la voz a las vidas silenciadas e inaccesibles de la población guineoecuatoriana fuera de sus fronteras.
El libro que tienen ustedes entre sus manos es enormemente valioso porque además de reforzar la literatura guineoecuatoriana, viene a rellenar el enorme vacío de la literatura escrita por mujeres de la que Remei Sipi destaca, también por incitar a jóvenes promesas literarias al sano ejercicio intelectual de la escritura, en una labor incansable y meritoria.
Estos relatos muestran las complejas identidades actuales, a caballo entre Guinea Ecuatorial y España, de las que todos deberíamos ser cómplices, pues parte de nuestras raíces también se hundieron en Guinea. Los textos muestran, cual herida abierta, la desazón que sigue transmitiendo la merma de oportunidades de muchos españoles con ascendencia guineoecuatoriana en España. El protagonismo recae en mujeres. Sencillas pero brillantes, son perfectamente conscientes de su responsabilidad en la transmisión de vivencias y sentimientos, que motivan a la reflexión sobre la búsqueda de las raíces africanas en Europa o sobre el fatal desenlace que puede conllevar la prostitución como destino impenitente.
Relatos ricos de múltiples lecturas, destilan amor y pasión por su tierra, pero también penuria por las promesas incumplidas y los sueños quebrantados. La añoranza de una tierra que sin quererlo sigue traicionando a quienes la aman.
Lectura amable, vivaz, plagada de imágenes, dejemos que las

autoras nos trasladen al complejo y distante mundo de la isla de Bioko o nos narren la vida de algunas mujeres guineoecuatorianas en España en este estupendo relato coral de protagonistas femeninas.

Yolanda Aixelà Cabré

Valldoreix, 19 de marzo de 2015

Remei Sipi

Remedios Sipi Mayo nace en Rebola el 30 de abril de 1952 Diplomada en educación Infantil. Estudios de Genero y desarrollo por la Universidad Autónoma de Barcelona.

Escritora y Editora.

Presidenta de la asociación "Riebapua" colectivo bubi de Guinea Ecuatorial en Cataluña 1980-1984.

Cofundadora de varias asociaciones: "E´Waiso Ipola",1990 "Yamanjá",2005; "Red de mujeres migrantes en Cataluña",2008.

Portavoz de la Secretaria de mujeres de la federación de colectivos de migrantes en Cataluña 1995-1998.

Vicepresidenta del Consell Nacional de les dones de Catalunya 2005- 2008.

Comisaria de exposiciones:

2006 : *"Viajando vidas creando Mundos: las experiencias de la migración en Cataluña".*

2006 : "África es Dona".

2008 *"Vestits que parlen, vestits que fan Històries"*

Obras publicadas:

"Las mujeres africanas: incansables creadoras de estrategias para la vida" Mey, 1997.

"Inmigración y género: el caso de Guinea Ecuatorial" Gakoa, 2004

"Les dones migrades: apunts, històries, reflexions, aportacions" Institut Catalá de les Dones, 2005.

"Cuentos africanos" Ediciones Carena, 2006

"El secreto del bosque: un cuento africano" Clavel Cultura, 2007.

"Ribocho. Identidad y reencuentro" Mey, 2015.

RIBOCHO-Identidad y encuentro

Bulé

Mañana será un día especial. Riockó, mi hermana, se casa.

Durante años habíamos ido juntas a la finca, mientras Bisila, que cumplió los 15 años el mes pasado, se quedaba de niñera con Boye el pequeño de los cinco hermanos y los dos hijos de Ribocho mi hermana mayor, Abuna (Ignacio) Y Denky (Victor)

Durante nuestra caminata hasta llegar a la finca, el paisaje era precioso, extensiones de árboles frutales, mangos plátanos piñas y mucho cacao

Íbamos comiendo mangos al mismo tiempo que cantábamos hasta llegar a la finca, allí estaba ya mamá esperándonos.

Tenemos dos fincas extensas e importantes y otras pequeñas como Riburi, Laka y Siete

Las dos fincas más importantes son Ribasa y Tabaco, ambas tienen su encanto y nos gustar ir allí una vez acabamos las clases.

Ribasa tiene diez hectáreas y es nuestra preferida porque, hasta el km 12 en dirección a Baney, tenemos la posibilidad de que un "buen samaritano" nos lleve gratis en su coche, hasta la bifurcación donde comienza el sendero que conduce a la finca.

Los últimos años juntas mi hermana y yo, fueron inolvidables ya que¡ estábamos tan unidas! En época de lluvias, salíamos al patio trasero o a la calle a mojarnos con los otros vecinos. Los días que no llovía, hacía un calor que

abrasaba y entonces aprovechábamos para ir a buscar plátanos, malangas o cualquier otra fruta deliciosa, o bien nos acercábamos a la playa a pescar o a buscar "Chibös" para hacer pulseras (Epà).

La playa está a tres kilómetros del pueblo y teníamos muy asumido el hecho de no hacernos al mar durante el mes de mayo; ya que los cuentos que se explicaban en el pueblo, siempre hablaban de los esclavistas y como en el mes de mayo era la época de mayor captura de personas, para su repugnante trata de esclavos.

Después de la boda tradicional bubi, que se inicia con un "lobetó", que es una fórmula apaciguadora entre los miembros de la familia y a la vez, garantía de confraternización. Previo al "rapi", que es el momento en que se anuncia la unión de la pareja y del que participan todos los vecinos al "grito" de: "¡Elebola, elebola, a bechö be wakátaá, bokí, rapí!"; lo que quiere decir:"Vecinos, vecinos, en la comunidad de wakata se anuncia una boda".

-¿Quién se casa?, pregunta Ribetaso una de la vecinas de wakata.

-Eh, Ribé, ¿No te acuerdas que a Riokó le pretendía Welalelé y la familia de éste ya entregó la dote?

– Ahaaaaaaaaa, sí es cierto.

La dote para los bubis, es únicamente simbólica, ya que no hay nada fijado de antemano. La familia que hace la petición, aporta lo que buenamente puede; y en éste caso, la familia de Welalelé se ha lucido, ya que ha aportado: aceite y vino de palma, frutas como piñas, mangos, papayas y chirimoyas;

también yuca, ñame, malanga, plátanos maduros puesto que la modernidad se está fusionando con lo tradicional, también habían incluido en la dote: whisky, vino tinto, aceite de oliva y ¡una radio!

Hoy, víspera de la ceremonia religiosa, todos los del pueblo y en particular los vecinos de Wakátáa, vienen a acompañar a la familia y a darle sus felicitaciones y congratulaciones.

Las mujeres ayudan a mamá Bita a hacer la comida. Hay plátanos fritos en la mesa para todo el que quiera degustar, bien fritos con aceite de Palma. Un poco de Makátáa acompañado de un bol con picante para servirse al gusto. Mientras, hervimos el arroz y la malanga y cocinamos otros platos típicos, hablamos y vamos comiendo.

– ¡Eh, Bisi!, se escucha una voz al otro lada del pasillo.

– Cambia la música, que queremos escuchar música de L.Sorizo.

– ¡Ya estamos!, protesta Bisi, ¡No me pedirás que ponga "cheku, cheku Monte!

– ¡Siii, queremos oir a Monte Cheku o ¡bien "el:"ehhh Real Rebolaa, equipo Diplomado", ja, jja, jja, jja responden todos los presentes al unísono con grandes carcajadas.

Hay un largo pasillo, que separa la cocina y la casa y éste espacio se encuentra repleto de personas: los que vienen de Malabo, así como la gente de otros pueblos como: Isile, Ineba, Bösoso, etc. Todos con sus corrillos correspondientes, unos bailando, otros hablando entre sí; los de Malabo que se quejan de lo mal que funciona el transporte público, sobre

todo los taxis comunitarios, que siempre están a rebosar, repletos de gente y bultos. Anti Abi, que estaba sentado en un taburete tipo "kongo sa bechs"

(taburete que se utiliza para el más cómodo "cotilleo"). Ella increpó a los presentes con las siguientes palabras:

- "No os lo perdáis, había una mujer que llevaba una cesta con gallinas que no cesaban de cloquear en todo el trayecto. Los pasajeros llevábamos la cabeza como un bombo".

En el otro extremo del pasillo, se encontraban tres mujeres jóvenes con un rayador en las manos para hacer el "habalà" (malanga rayada) y que hablaban por lo "bajini". Entonces Bisapá preguntó:

– ¿Sabéis que han dicho los espíritus respecto a ésta unión?

– ¡Ehhh, Bisapá, esto es algo privado que solo concierne a la familia y en concreto a su "Karichubo" (Familia extensa por vía materna).

Un grupo de hombres, situados en el centro del pasillo en el que algunos hablaban, otro solo bebían y los menos discutían sobre la situación política del país.

En este ambiente distendido y festivo, todos comimos, bailamos, bebimos y reímos hasta muy entrada la noche.

Finalmente, para dormir, repartimos a nuestros invitados en casas de familiares y vecinos; doce de ellos se quedaron en nuestra casa de Wakatáa.

Llegó el gran día, Riockó está radiante. Mamá le ha confeccionado un precioso atuendo con un velo de tul con un

vistoso repunte de motivos florales, que combinaba muy bien con todo el vestido.

A las nueve ya estaba arreglada y todos la acompañamos en cortejo hacia la iglesia por la calle mayor; los niños del pueblo corren tras nosotros y cantan alegres tonadillas a la novia, a la par que reciben los beneplácitos de la concurrencia. Por el camino, vemos a las mujeres que en el mercado, muelen la yuca en sus morteros como se lleva haciendo desde tiempos inmemoriales. Mientras otras mujeres, vuelven de la finca con sus hijos atados a la espalda en sus "lapás". Imagino a mi hermana Riockó, dentro de muy poco años, con cuatro a cinco niños correteando a su alrededor, si no más ya que su futuro marido ya tiene tres hijos de otra relación.

Estábamos ya a dos pasos de la iglesia y vemos a nuestra derecha la antigua Casa de Cultura, donde celebraremos el banquete. Entramos en la Iglesia y empieza la ceremonia. La misa resultó conmovedora para todos los asistentes; las canciones interpretadas por el coro "A Bola be bio", provocan una expresión de alegría e ilusión en la cara inocente de la novia, que hicieron aflorar el llanto como jamás había visto a mamá Bitá, mientras papá la consolaba.

Al salir de la iglesia todos cantaban a coro a los novios:"pualabo, pue, pualabo pue, we bö sole" (trae a la novia, tráela y no la abandones). A la vez que les tiraban pétalos de rosa, en el trayecto de regreso a casa, que a su vez, estaba adornada como nunca para resaltar el importante acontecimiento.

Antes de la fiesta, se realiza una pequeña ceremonia tradicional que consiste en sentar a la novia y colocar entre sus piernas, en el suelo, sal, aceite, ñame y plátanos. Mientras habla mamá, como corresponde a su posición de cabeza de familia, no puede evitar el llanto por la gran emoción que la embarga.

Tras el ritual, empieza la fiesta general a la que está invitado todo el pueblo sin distinción de propios y extraños, que realizamos en el local de Acción Católica que hacía también las veces de Casa de Cultura.

Se inician los bailes, la gente come, ríe y baila; Riockó y yo nos apartamos a un rincón, las dos estamos felices, nos abrazamos recordamos momentos felices y no tanto que hemos pasado juntas y después de felicitarla, ella se va para departir con cada uno de los presentes en su fiesta.

De repente se para la música, del "makosá" se va pasado a los diferentes estilos musicales y bailes del folklore Bubi, algunos de los cuales quiero reseñar a continuación:

"O tojiri": su práctica es variable y fundamentalmente su realización corresponde a las mujeres; la diferente ejecución entre algunos pueblos de la isla, hace creer que quien ejerce la dirección del mismo, se está equivocando, a lo cual los participantes jalean a la vez que mantienen el ritmo auténtico. El ritmo mediante percusión humana, esto es, con palmadas y pasos enérgicos con fuertes golpes contra el suelo (zapatazos), mientras uno por uno, van entrando y saliendo del centro del corro de manera correlativa y ordenada.

Eh Guitá": éste es un baile más relajado, es la fusión de varios sonidos en que las personas marcan los diferentes

ritmos con varios instrumentos como la Guitarra y otros improvisados como rascar botellas con objetos metálicos, al compas de la música; a la vez que entonamos cánticos en Bubi y en "Pichi", como por ejemplo: "Monte Cheku cheku, emaí emaí, echon e Felisa..." o "Ale aleluya ehehehe wi de fen wi laif mother........

En esta modalidad de baile, la gente de Malabo se explaya sobre todo con las canciones del Bongó, baile típico de los criollos (criós).

"Ekachá", es una danza que se construye mediante la recopilación de todos los atuendos del folklore Bubi, tales como: en el vestuario, el Totaneka; en la pintura, la Tolha y el Moha y como pulsera y collar indistintamente, el Chivö.

Será un día memorable para Riockó. Mi hermana mayor y las otras jóvenes la aconsejan sobre las responsabilidades y compromisos que comporta la vida en pareja, los hijos que vendrán, etc. A pesar de no ser demasiado mayores, tienen una gran experiencia y le cuentan una infinidad de anécdotas. Miran la dote y los regalos, y discuten sobre si resultan útiles para la recién casada.

La fiesta continuará probablemente hasta uno o dos días más. A partir de ese momento, Rio será una esposa como las demás. Irá cada mañana a la finca, machacará su yuca con su hijo atado a su espalda, los días que no lo deje en la casa de la familia con Bisilia y hará la comida para su marido; lavará la ropa en el lavadero público y compartirá con sus amigas las anécdotas del día a día, a la vez que se iniciara en el "Yangué" (forma de economía popular, también conocida

como Tontin, y otras acepciones del mismo, muy extendidas por todo África).

Aquella bella mujer que habla con mamá, es Sita Flávia, la primera esposa de Welalele, y que llevan cuatro años casados. Sita Flávia llevaba un "lapá" precioso, creo que procede de Benin por el tipo de estampado; los zapatos sin duda alguna son de Alicante, porque ella es la represente de una buenísima marca de esta comarca española. Le acompañan sus tres hijos; el padre del mayor, es mi difunto hermano Boyoyo, de hecho, si éste no hubiera muerto, Rio se hubiera casado un año antes, ya que la familia guardaba aún luto y por lo tanto no era conveniente ninguna fiesta.

Observo a lo lejos un grupo de personas y entre ellos está mi novio con su hermana Sundiatu, que son de Sierra Leona, pero criados en la isla. Sus padres vinieron a Guinea cuando él solo tenía 3 años y su hermana uno, pero hablan y se sienten Bubis.

Cuando yo salga del colegio, sepa coser, haya terminado las sábanas del ajuar y su familia traiga la dote, nos casaremos. Mi boda será tan bonita como la de mis hermanas.

La voz de mi madre, interrumpe mis pensamientos:

- "Tihita, ¿Por dónde andas?, -escucho la voz de mamá-, hemos de sacar más comida ya que han llegado los últimos invitados."

Lepalele mi prima, nos echa una mano con las ollas, mientras su marido está tomando vino de palma y discute con los demás hombres, no sabemos bien, bien de qué. Sospechamos

que debe ser sobre la falta de luz, ya que desde ayer por la tarde estamos a oscuras.

Los invitados se sirven, unos por primera vez y otros por cuarta o quinta ¿quién sabe? ni paramos especial importancia, ya que hay comida de sobra.

Ya está anocheciendo, y hoy tampoco tenemos la certeza de que habrá luz; pero no importa, ya que la gente no para de bailar, se forman nuevos corros y a pesar de todo, la fiesta continúa.

Al día siguiente o pasado mañana, depende de cuando se acabe la fiesta, se recogerán los restos y se repartirán entre los invitados.

Los novios ya se van, pero nadie se percata; el taxi que les trasladará a Isile está estacionado delante de la casa familiar, precisamente a la espera del momento en que los novios decidan desaparecer.

La familia ha decidido que con Rioko irán a vivir, Abuna (Ignacio) y Bula (Victoria), ya que es habitual en la tradición Bubi, que la recién casada no parta sola a casa de su marido, siendo por lo general acompañada por uno o más de los jóvenes de su familia.

Han pasado ocho años ya, desde que Rioko vive en casa con su familia, que incluye a sus dos sobrinos: Bula esta ya hecha una señorita, Abuna está preparando su ingreso para empezar bachillerato y se ha de desplazar a Malabo para recabar información, sobre los próximos exámenes.

-"¡Sita Rioko!, a lo lejos se oye una voz proveniente del patio, que cada vez se hace más patente:¡Sita Sita Rioko!,

¿Siiiii?, ¿es Abuna? Si Sita soy yo". Abuna le explica que al día siguiente temprano ha de ir a Malabo, ya que es el día del examen de ingreso a Bachillerato.

-¡Eh, eh qué bien!, si apruebas habrás de buscar un sitio para vivir allí durante todo el curso escolar.

Una semana después Abuna fue a buscar el resultado del examen, y tenía que mirar el tablón de anuncio. Llegó su turno y leyó: Ignacio Abatebalajo, Notable.

-¡Ehhhhhh!-exclamó feliz-, he aprobado, he aprobado.

Corrió para su casa para explicar la buena nueva a los suyos.

– "Buenas tardes Sita,- entró Abuna eufórico- he aprobado el examen de ingreso a Bachillerato"

– "¡Que bien! - exclamaron al unísono Sita y Bula que también estaba presente-. Sita, dijo a Abuna, yo ya tengo resuelto el tema de la vivienda durante el curso. Te quedarás en casa de Topaho, nuestra tía"

Años más tarde, después de que acabara el bachillerato, Abuna se matriculó en Historia en la Universidad a Distancia(UNED) y una vez con la licenciatura acabada, se vio en la tesitura de dar clases de refuerzo a algunos niños del barrio donde vivía durante dos años, hasta que obtuvo una beca para hacer el Doctorado en León.

Días después, concretamente la víspera de su partida a León vía Madrid, se reunió toda la familia, para despedir a Abuna. Rioko aprovechó para entregarle un regalo, que generalmente acostumbran a llevar los Bubis, esto es un precioso Epa.

Ëppa

Me sorprende encontrar a una mujer negra en primera clase, pensó Ribocho y creo haberla visto en alguna parte, oh sí claro ahora recuerdo, es la Dra. Rieka, la llaman Sita Rieka y es de Guinea Ecuatorial. Me acercaré a saludarla, esto no es ningún problema ya que habitualmente todos los negros nos saludamos. Me interesa en especial, pues mis orígenes también son ecuato-guineanos como los suyos y necesito cierta información que probablemente ella me pueda facilitar- dijo para si Ribocho-, necesito saber si mi padre aún vive y si no, poderme acercar a su familia, sobre todo a su Karichobo (familia materna).Porque deseo formar parte de esta familia.

-¡Hola buenos días! , saluda Ribocho

– ¡Ah! buenos días joven, responde Sita Rieka.

– Me llamo Ribocho, pero todo el mundo me conoce como Bocho.

– ¡Este nombre es de Bioko y por lo tanto tu eres Bubi como yo, además llevas Epa.

– -¡Ah! ¿esta pulsera? me la dio mi madre y me aconsejó que la llevara siempre puesta, pero no me supo decir ni su nombre ni qué importancia tenía.

– ¿Tu madre es Bubi?

– No es de León, es leonesa.

– Entonces el Bubi es tu padre.

– No lo sé, solo sé que es de Guinea Ecuatorial, de Isile en concreto en la isla de Bioko.

– Si hija mía es Bubi; de todas maneras Ribocho, lo importante es lo que tu te sientas: africana, guineana, Bubi, y como no leonesa. Esta parte importante de herencia materna la entiendo y no me hagas mucho caso por mi insistencia.

Sita Rieka, va a la conferencia sobre los grandes Lagos, y le pregunta. ¿ tu también vas?. No yo voy a una convención de jóvenes sobre la diáspora africana, será mi primer contacto con jóvenes africanos y estoy muy contenta e ilusionada, a la vez que nerviosa.

Nuestra conversación gira durante todo el vuelo sobre África, Guinea Ecuatorial, el pueblo Bubi y las mujeres africanas. Esta mujer es una buena conocedora de estos temas, sobre todo en lo referente a las mujeres. Se le nota que le encanta su pueblo Bubi, hasta conseguir provocar en mí una gran curiosidad sobre éste pueblo.

Desde este momento en que entablamos conocimiento, no dejé de tener contacto con esta vieja mujer, que a partir de entonces pasaría a formar una parte muy importante en la reconstrucción de mi historia personal y en concreto, de la búsqueda de mi parte africana y por ende la de mis raíces paternas.

Mi madre me había hablado de mis orígenes africanos, pero nunca de los grupos étnicos, ya que solo me explicaba que mi padre era guineano y como le ocurre a mucha gente occidental, que muestran un gran desconocimiento sobre África. Aunque en el caso de mi madre, sí que tenía un mínimo conocimiento, por el hecho de haber tenido una hija con un africano.

Ahora poco a poco voy descubriendo, no solo que mi origen es africano, sino algo más concreto y es que soy Bubi.

También he descubierto que Isile Ribocho y Epa, tienen relación con el pueblo Bubi y no puedo, ni quiero perder la oportunidad de que Sita Rieka me instruya sobre mi africanidad y sobre mi reencontrado pueblo Bubi.

Nos despedimos en el mismo aeropuerto, cada una hacia su destino, no sin antes intercambiar nuestras direcciones y sobre todo el correo electrónico, y a la vez con el compromiso de no perder nuestro contacto.

Bëtá

Me llamo Ribocho Abatebelajo Gonzalez y por lo que me explicó Sita Rieka no soy del karichobo de mi padre, cuestión esta que me entristece muchísimo, pero a la vez, me da pautas para entender la sangre fría que mostró mi padre cuando nací y mi abuela le visitó en la Universidad.

Era la primavera del año 1973, concretamente el día 27 del mes de abril, mare de Deu de Montserrat en Cataluña y para Rebola patrona del pueblo y fiesta grande. Nací en León, mi madre se llama Eugenia González y mi padre Ignacio Abatebelajo; ya ven un africano con el nombre del patrón de los Jesuitas, San Ignacio de Loyola (mi padre celebra su santo el 31 de Julio), en lugar de tener un nombre Bubi como: Rikato, Welalele, Monjomeriba, o un largo etcétera de nombres africanos. Ahora bien en su carnet guineano, consta el nombre de Ignacio, cosas del colonialismo.

Mi abuela, se enteró tres meses después de mi gestación, que mi madre estaba embarazada, ¡su única hija, estaba embazada por fin! y supo que el padre de su nieta era negro, a lo que no dio mayor importancia. Pero sí se cuidó de que el padre no se marchara a África con su nieta, para evitar que allí "le mutilaran los genitales, la casaran con un viejo, y lo más probable que fuera un matrimonio con un polígamo" y un largo etcétera de situaciones que quería evitar a su nietecita.

Según la información que en su día me dio mi madre, los hechos transcurrieron de la siguiente manera.

Eugenia González, mi madre es profesora de Universidad y mi padre era un alumno de doctorado en la misma Universidad donde mi madre impartía clases. Se conocieron

por casualidad, en un seminario sobre literatura africana, a mi padre le fascinaba la literatura africana y mi madre se iniciaba en ésta disciplina.

Mi padre como buen africano, culto y talentoso que era, casi acaba impartiendo él el seminario, porque no hacía más que interrumpir al profesor para hacer aclaraciones y precisiones. Después del seminario un grupo del que formaba parte mi madre, se acercó al africano para seguir hablando sobre literatura africana mientras tomaban un café.

Para el grupo resultaba obvio que por el hecho de ser africano, había de ser musulmán y por lo tonto que no tomaría ni vino ni cerveza, costumbre ésta arraigada entre la gente del país. La sorpresa para todos llega cuando al entrar en el bar, el único que pide una caña fue mi padre, que ni era musulmán, ni abstemio, sino católico y de Guinea Ecuatorial.

El grupo estaba compuesto por ocho personas, mi padre y mi madre se sentaron uno al lado del otro y no dejaron de hablar entre ellos todo el rato; no solo hablaron del seminario, de la literatura, sino también del doctorado que estudiaba mi padre, así como de la inmigración de los africanos, etcétera.

Se despidieron ya entrada la media noche y se intercambiaron los teléfonos, según me explicó mi madre, pasa más de un mes hasta que por casualidad se vuelven a encontrar y esta vez en el pasillo que lleva desde la secretaría de la escuela, a la facultad donde mi padre preparaba el Doctorado.

Y es en este encuentro, que mi padre toma la iniciativa invitando a mi madre a ir al cine.

– ¿Eugenia te apetece ir al cine la próxima semana?

– ¡Al cine¡ ¿Qué películas hay en cartelera?, bueno es igual acepto.

Quedan así para el jueves a las ocho de la noche en la puerta del cine. Mi madre no recuerda la película que vieron, solo se acuerda de que mi padre no paró de tocarla, besarla y susurrarle al oído tiernas palabras de amor. Tampoco recuerda lo que le decía, sólo que acabaron en casa de mi madre y aquel día fui engendrada.

Mi madre había estado casada ocho años con un conocido arquitecto madrileño y no tuvieron hijos. Ella llevaba nueve años intentando quedarse embarazada de diferentes relaciones más o menos largas sin conseguirlo. El negro le evitó una visita a una Clínica de Barcelona, donde ya tenía programada la inseminación artificial.

Estando embarazada mi madre de siete meses, tuvo que mudarse a la casa de mi abuela, porque no se encontraba bien y temían un parto prematuro, por lo que no era conveniente que estuviera sola en casa. Una noche lluviosa y fría, sobre las diez de la noche y mientras veían la televisión, la abuela hizo la siguiente reflexión:

-"Eugenia hija, creo que deberíamos dejar bien atado el tema de la niña, tu me has explicado que no has vuelto a tener relaciones con el padre de la niña y que no crees que él se quede a vivir aquí. Pues bien, yo creo que deberíamos hablar con él para que renuncie a todo tipo de derechos sobre esta niña, puesto que no me gustaría que después del nacimiento nos encontremos con el problema de que se quiera llevar a la niña a África.

Yo no tengo familia y tu padre murió siendo tú pequeña, no hemos tenido relación con su único hermano, por lo que ignoramos si tienes primos. Yo te tuve a tí y después, solo he trabajado para sacarte adelante, con la idea de que tú pudieses formar tu propia familia. Porque siendo tu hija única y yo también, no me gustaría que el día que yo falte te encuentres sola. Recuerdo los sufrimiento de estos años, por no poder quedarte embarazada, por todo esto me gustaría hablar con el joven africano para estar segura de que no te reclamará a la niña".

- "Mamá, el africano como tu le llamas tiene un nombre, Ignacio y no sabe nada de mi embarazo".

- "Hija de todas maneras he de quedar con él y dejar el tema de la niña bien atado, porque estos africanos desaparecen y los hijos no saben ni siquiera si viven" o quieren llevarse a los hijos a su país

Así fue como mi abuela se citó con mi padre en la cafetería de la residencia donde se hospedaba.

Mi abuela que no había visto jamás a mi padre, le reconoció nada más entrar en la cafetería, aunque no era el único negro allí presente. Mi padre estaba sentado en un rincón de la cafetería tomando ginebra con coca-cola, mi abuela se acercó y le saludó:

– ¡Hola ¡ ¿Es usted Ignacio?

– Si y usted la madre de Eugenia, verdad.

– Sí soy la madre de Eugenia.

Tras la formalidad de las presentaciones, mi padre le preguntó a mi abuela que quería tomar y mientras esperaban el servicio, mi abuela mirando a mi padre a los ojos le soltó: "bueno hijo mío, no sé si sabes que Eugenia está embarazada y que dentro de poco nacerá una niña y me gustaría hablar contigo del tema".

-¡Hable hable señora, la escucho!, dijo me padre

– Mire hijo no sé qué has pensado, pero yo quiero hacerte una propuesta y te traigo escrito un compromiso que, por favor quiero que leas y hablamos.

Mi padre como buen africano, muy respetuoso interrumpió a mi abuela con mucho tacto:

– ¡Señora, con todo mi respeto, yo no necesito leer nada con respecto a la hija que está esperando Eugenia, pero sí le escucho en todo lo que quiera decirme al respecto, por lo tanto le ruego que se explique.

Mi abuela un poco inquieta y algo preocupada, ante el desconocimiento de la reacción que sus palabras podían provocar en mi padre, comenzó a hablar.

– Mire Ignacio, he hablado con mi hija y lo que hay aquí escrito está consensuado con ella; por lo que quiero que entienda que hablo tanto en nombre propio, como el de mi hija. En el supuesto que no quieras firmar, los acuerdos que hemos redactado, quiero que sepas que si renuncias a la niña, nosotras nos haremos cargo de ella. El pacto que te proponemos, es para evitar que el día menos pensado te la lleves a África.

– Yo estoy a la puerta de la jubilación, mi hija tiene mucho trabajo en la Universidad, por lo tanto yo me haré cargo de la niña, evidentemente con la colaboración de Eugenia.

Mi padre no podía creer lo que estaba oyendo y le preguntó a mi abuela:

- Señora, esto que me está diciendo, ¿es lo que trae escrito en el papel? ¿Puedo saber de quién ha partido esta idea?, ¿quién lo ha redactado? La idea ha sido mía pero ya le he dicho que estamos de acuerdo mi hija y yo.

- Señora, he de decirle que en mi país y concretamente en mi pueblo Bubi, los hijos no son motivo de litigio alguno, los hijos son del pueblo, de la familia; los hijos son un bien preciado, por lo que yo no tengo nada a que renunciar, ni tengo porqué ir a ninguna parte con mi hija, ni siquiera a África. Además es vuestra hija, es vuestro "karichobo" tal como nosotros denominamos a la pertenencia genealógica de nuestros descendientes. Sé que no entenderás lo que le estoy explicando; pero ni renuncio, ni reclamo a la niña que nazca. Aunque me gustaría que le pusieran de nombre Ribocho Abatebalajo, si es que no habéis elegido otro nombre que tenga un significado importante para vosotras. La registraremos Eugenia y yo como nuestra hija, el día del parto me gustaría estar con ella si no hay inconveniente, ya que me hace mucha ilusión compartir ése momento.

– ¡Pero buen hombre, ¿nos dejará la niña y no tendremos problemas más tarde?, exclamó mi abuela!

– Señora, no puedo discutir con usted, por ser una persona mayor y la madre de Eugenia, le contestó mi padre. Y siguió

hablando: “los de mi generación en mi pueblo respetamos a los mayores, y en África la palabra dada es ley y tiene en la práctica más valor que cualquier escrito, por lo que no se preocupe, solo quiero estar el día del parto a su lado y que la niña se llame Ribocho.

Mi abuela se despidió de mi padre y al llegar a casa, le contó a mi madre la conversación mantenida con mi padre. Le explicó a su hija sus temores, y la sensación de no estar segura de que mi padre hubiera entendido su propuesta. Le explicó la insistencia de mi padre respecto al tema del nombre de la niña, que quería que se llamara Ribocho; cuando todo el mundo pone nombres como Rosa, Camino, Pilar; nombres bonitos, que resultan fáciles de recordar y que todo el mundo utiliza.

- Pero Eugenia, él me ha insistido en que la niña se llame Ribocho: ¿No me habías dicho que no es musulmán?

– No mamá. no es musulmán.

– ¡Pero Eugenia hija!, Ribocho no es un nombre cristiano, recalcó la abuela.

El día del parto, ni mi madre ni mi abuela se acordaron de avisar a mi padre y dos días después, antes de que tuviera lugar mi inscripción en el Registro Civil, mi madre se dio cuenta de que no habían avisado a mi padre. Y puesto que mi abuela continuaba insistiendo en ponerle “nombres de aquí”. Ella quería que la niña se llamara Montserrat, porque lo encontraba un nombre bonito y además había nacido un 27 de abril.

Fue entonces cuando mi madre recordó, que mi padre le había pedido que sobre todo me pusieran el nombre de Ribocho.

Seguidamente buscó el teléfono de mi padre, para darle la buena nueva, y mantuvieron ésta conversación:

– ¿Ignacio?, sí soy Eugenia.

– ¡Hola Eugenia, ¿cómo te encuentras?, ¿qué tal va el embarazo?

– Ay Ignacio, te llamo precisamente por eso, es que ya he dado a luz, es una niña y se llamará Ribocho, como es tu deseo.

– Bueno, bueno ¿cómo es que no me habéis avisado? ¿En qué Clínica estáis?

Así fue como mi padre se enteró que había nacido y se personó en la Clínica "Virgen de la Regla", al lado de la Catedral y le entregó a mi madre el "Epá" que había llevado siempre consigo y me bendijo en Bubi.

Desde entonces han pasado ya 33 años.

Biele

Me tengo que dar prisa, mi vuelo sale a las siete de la tarde y aún llegaré a Barcelona a una buena hora para poder llamar a mis hijos.

Como de costumbre, me paso por la librería del aeropuerto, pero ésta vez no compro ningún libro, todo y que he tomado nota de uno que me parece interesante, su titulo es: "Riwan o el camino de arena", de Ken Bugul autora de "El Baobab que enloqueció¨ entre otros. He comprado la Vanguardia y en la "contra" viene la entrevista a una mujer Palestína; me pongo a leer y me encanta lo que explica sobre su vida, que encuentro francamente fascinante.

Anuncian la salida del vuelo para Barcelona y yo no me levanto; últimamente me espero hasta que la cola llega a mi altura. Miro por si acaso me encuentro con la joven Ribocho, a la vuelta de su viaje, pero no, no la veo; llega la cola a mi altura y me incorporo a ella. Mi asiento es el 8 F que está situado entre el E y el G; todo y que odio estar en el asiento de en medio, también tiene su encanto, sobre todo si el viaje es como el que hicimos, tranquilo. Mis compañeros de asiento eran una mujer de unos 45 años y un señor de unos 50, diría yo. Llevo viviendo entre los blancos muchos años y soy incapaz de acertar la edad de nadie.

Me llama la atención la mujer que ocupa el asiento 8G, no ha dejado de llorar ni de hablar por el móvil, hasta el momento en que anuncian que nos abrochemos los cinturones y que todos los aparatos electrónicos permanezcan apagados. Momento en que la mujer apagó su móvil, pero no dejó de llorar "a moco tendido"; yo no me atrevía a decir nada y el

hombre de mi derecha estaba también al tanto del llanto de nuestra compañera y al final me atreví a preguntar qué le pasaba y si le podía ayudar en algo, a lo que me respondió muy bajo, que no gracias. Por lo que me puse a leer mi libro, de Barbara Chase-Ribond : "La venus de Hotentote".

Había leído esta novela en inglés, cuando la compré en Nueva York en el año 2004, pero me apetecía releerla en castellano editada por Destino. Mi compañera, interrumpió mi lectura ofreciéndome un chicle que yo acepté porque entendí como una invitación al diálogo, y yo ni corta ni perezosa, le dije: "veo que no dejas de llorar, ¿tienes problemas? Acerté de pleno, mi compañera de asiento me explicó su historia.

Venía de Salamanca y se dirigía a Sabadell, había dejado a su amante y volvía a su residencia habitual, donde le esperaba su familia: sus dos hijos y su marido. Ella estaba muy ilusionada con su nuevo amor, que resultó ser un joven 15 años mas joven que ella, negro africano que había conocido en Madrid en unas jornadas sobre inmigración y que no sabía de qué país era. Y ¿tu de dónde eres?, me preguntó.

- "El joven del que te hablo vive en Salamanca, donde estudió y ahora trabaja en una imprenta, ya que quiere aprender este oficio, para luego montar una imprenta en su país".

Ya me veo otra vez, como la referente de los africanos de todo el mundo. Es una casualidad que mi joven amiga Ribocho, al hablar sobre la búsqueda de sus orígenes africanos, me dio una serie de datos en gran parte coincidentes con lo que esta buena mujer me está explicando sobre su novio africano.

Mi compañera de asiento, me contó que había tenido contactos por primera vez con africanos, a través de una amiga que trabaja en una ONG de Sabadell que colabora con un grupo de mujeres gambianas. Me invitó a unas conferencias sobre la inmigración, que me resultaron ciertamente interesantes y desde entonces asisto a muchas actividades sobre África.

También se interesó por el libro que leía, y ella me confesó que había leído muy poco sobre África, me habló que había leído hace poco: "Zenzele" de J. Nozipo Maraire. Llegamos a Barcelona y nos despedimos en la cinta de recogida de maletas.

¡Cual no será mi sorpresa , cuando nos volvemos a encontrar en la cola de los taxis para ir a Barcelona y; decidimos con buen criterio compartir el taxi.

En aquel momento nos damos cuenta que en realidad no nos habíamos dicho nuestros nombres;

– Perdona, ¿cómo te llamas?, le pregunté.

Mi compañera de viaje y nueva amiga, se llamaba Carmen aunque por lo que me dijo, todo el mundo la conoce por Carmela.

El taxi nos dejó en la plaza de Catalunya, donde nos despedimos, no sin antes intercambiar las respectivas direcciones. Allí, Carmela cogería el tren para Sabadell, mientras yo, que vivo en las Ramblas esquina con calle Hospital, estaba ya prácticamente al lado de mi casa.

Así fue como me enteré que Carmela, temía represalia, ya que trabajaba en la gestoría con su marido, cuando éste

descubriera su historia con el africano, era altamente probable que se quedara sin trabajo. Sus hijos ya mayores, estaban al corriente de la historia de su madre con su amante; y la entienden puesto que el matrimonio con su padre, hacía tiempo que naufragaba. Entre otras razones por el hecho de que su padre le había puesto los cuernos tantas veces, como su madre le había perdonado.

Madre mía, pienso yo, estos chicos africanos están "triunfando" y ¡de qué manera! Todo y que me preocupan las historias mal resueltas, como la de mi amiga Ribocho, ya que afloran conflictos de identidad.

Llego a mi ático a las diez y media de la noche y no dejaba de pensar en Carmela, quien con sus 47 años se la veía muy avejentada, todo y que la ilusión del flamante amante, la había rejuvenecido, según me explicó.

Yo que por los trabajos realizados cara al público, mis cinco años trabajando de enfermera y los quince de doctora, he conocido a mucha gente y he presenciado situaciones, que podría calificar de surrealistas; pero no sé porque extraña razón, las historias entre blancos y negros me preocupan particularmente en la actualidad, puesto que están generando muchos conflictos. Como intuyo sucede con estas dos mujeres Ribocho y Carmela.

Mientras estoy con mis devaneos suena el teléfono. Odio a las personas que llaman con número oculto, y pienso quien será que llama a éstas horas, solo puede ser Bosubari, porque mi hijo Luis no llama casi nunca y menos un domingo a las once de la noche.

-¿Diga?

– Perdón ¿Sita Rieka?

– Si soy yo ¿quien llama?

– Perdone, sé que es muy tarde pero mañana viajo y estaré fuera unos tres meses y he querido ponerme en contacto con usted, para ver si me confirma su correo electrónico, ya que el que me dio no funciona. Por cierto, soy Ribocho la joven de León que coincidimos en el aeropuerto.

– ¡Ah! sí que me acuerdo, eres la chica del Epà y de padre Bubi.

– Si doctora, efectivamente soy Ribocho.

– Ahaaaaa ¿Qué tal?

Tenía mal el correo, ya que le había dado una tarjeta antigua con una dirección que ya no utilizo. Se lo explico y le doy mi nuevo correo, a la vez que le digo que estaría encantada de recibir sus noticias, para que me cuente como le fue el encuentro con los jóvenes africanos y a la vez me comprometo a contestarle.

Al colgar el teléfono, pienso en mis hijos. Tengo dos, Ruht a quien llamamos Bosu y Luís que anda liado con sus oposiciones y sus sustituciones como secretario de Justicia. Ruht estudió trabajo social y veo que se defiende muy bien, y está muy involucrada en los temas de inmigración. Con estos pensamientos, me quedo dormida.

Me despierto muy temprano, a causa del ruido de la calle, los motores rugientes de los coches, perros ladrando, el camión de la basura, etcétera. Abro mi ordenador y lo primero que hago es consultar el Facebook, un poco lo de siempre,

recordando los cumpleaños del día, solicitudes de amistad, en fin nada nuevo. Me voy al e-mail y como casi siempre me encuentro el buzón lleno de correos varios de mi enamorado (hoy quince); es una auténtica pesadilla. De repente me fijo que hay uno sin asunto y no reconozco de quien es. Ay, por favor (pienso) espero que no sea un virus, lo abro y veo que es de Ribocho y dice: "Querida Sita Rieka, tal y como quedé, te escribo para explicarte como fue la jornada con los jóvenes afro-descendientes.

Para mí ha resultado una buena experiencia, ya que muchos de los jóvenes asistentes habían nacido en Europa y estaba repleto de mulatos, negros cuarterones, negros africanos, en fin lo que podríamos llamar una auténtica diversidad.

Algunos nacieron en África y se han desplazado para ampliar estudios de grado medio y también había Universitarios. El tema de la identidad, lógicamente fue la estrella de todos los debates, por lo que me sentí que mi identidad se reafirmaba por momento, como muchos de los allí presentes. Unos conocían a sus progenitores, pero no mantenían relación, otros solo sabían que eran africanos sin más, en fin Sita, un rollo.

Como te conté he encontrado un trabajo en Roma, me han hecho un contrato de tres meses, después tengo la intención de viajar a Guinea Ecuatorial a la búsqueda de mi padre.

He estado leyendo una revista estos días: "Afro-Hispanic" y algún artículo en concreto que me ha gustado muchísimo, es el que se titula "Crónica de un viaje a Guinea Ecuatorial". Me he asustado un poco, con lo que allí se explica, todo y que espero que las cosas hayan cambiado. Por favor necesito que

me orientes sobre cuestiones como visados, vacunas, cambio de moneda; así como también si conoces alguien que me pueda atender el día de mi llegada.

Sita muchas gracias

Un fuerte abrazo

Ribocho”

Esbozo una sonrisa y pienso: “¡Qué bien, ésta joven está decidida y creo que le irá bien ir a Guinea Ecuatorial e intentar encontrarse con su padre.

Y al momento, me pongo a contestarle:

“Estimada Ribocho, ¡Me ha dado mucha alegría recibir noticias tuyas!, y claro que te pasaré toda la información que me pides, ahí te la envío en el archivo adjunto.

En cuanto a tu llagada a Malabo, hablaré con Bochaca mi sobrina, que te recogerá en el aeropuerto de Malabo. Por ello te pido que me facilites una dirección postal, y de ésta manera te haré llegar una camiseta verde con el distintivo de la Casa de la Cultura de Rebola. La has de llevar puesta y de éste modo Bochaca te reconocerá con facilidad. Espero tu respuesta y que me digas cuando viajarás, para hacer el contacto con Malabo. Ribocho, quiero que sepas que te animaré y te apoyaré siempre en lo que necesites, para que al fin consigas conocer a tu padre.” Un fuerte abrazo. Rieka

Bëtó

Qué bien ha ido mi estancia en Roma, ha sido muy fructífera y me ha resultado sumamente interesante, ya que entre otras cosas, he podido comprobar que en Italia hay mucha población negra, casi toda africana. De hecho, no sabría decir si hay más negros en Italia o en España. Allí tienen una Ministra de origen africano, en concreto de la República Democrática del Congo, es europarlamentaria y Ministra de Integración y Cooperación Internacional; lo cual me congratula, al comprobar que nuestra gente poco a poco se sitúan en estamentos del poder político.

Al llegar a casa, me encontré un paquete con remitente de Barcelona y era Sita Rieka, ¡qué bien! Abrí el paquete y pude ver que contenía la camiseta verde con el logo de la Casa de Cultura de Rebola, un libro de Raquel Ilombe: "Leyendas guineanas" y un pequeño diccionario "español –bubi"del Profesor Justo Bolekia, así como las instrucciones sobre vacunas y antipalúdicos. También había incluido una nota con la dirección de la Embajada de Guinea Ecuatorial en Madrid, para poder hacer los trámites necesarios para conseguir el visado. Dos días después me desplacé a Madrid y fui a la Embajada.

No tuve ningún problema para obtener el Visado, ya que Sita ya me había explicado muy bien los papeles que tenía que presentar. Ya me he puesto las vacunas y ahora ya puedo sacarme el billete, porque sacar el pasaje sin el visado no es nada aconsejable, ya que algunas personas han perdido el billete, porque al final no les han dado el Visado.

¡Hola, buenos días! saludo al entrar a la agencia de viajes, a lo que me contesta mi amigo Paco el empleado de ésta agencia con la que han trabajado toda su vida tanto mi abuela como mi madre.

– Necesito un billete para Malabo, para una estancia de un mes.

– ¿Ribocho, un mes?

– Sii, sii ¿qué compañía crees que es la mejor?

– Bueno, sé que las compañías aéreas Air Marrok y Air France, vuelan a Malabo.

– Si pero yo preferiría Ceiba o Iberia.

El bueno de Paco, se pone al ordenador y busca hasta encontrar un billete adecuado a mis intereses y bien de precio, de la compañía CEIBA. Con lo que acordamos con Paco cerrar el billete con Ceiba, porque además Ceiba llega a Malabo de día, mientras que si viajo con Iberia, llegaría a las once de la noche.

Ahora he de preparar todo lo concerniente al viaje, ya que salgo dentro de una semana y mi abuela, que por cierto es muy mayor ya, no deja de decirme todo el rato que estoy cometiendo un grave error.

Bueno, he de confesar que yo también tengo mis dudas, ni siquiera sé si encontraré a mi padre; de lo que si estoy segura es que encontraré alguien de su familia, que también es la mía.

Estamos en casa y a mi madre la veo muy relajada, creo que no tiene miedo de mi viaje a Malabo y le saco de sus pensamientos, cuando le pregunto: - ¡Eh mamá!, ¿tienes una foto de mi padre?

– ¿Qué dices? no recuerdo haber tenido ninguna foto de Ignacio y además con las tres mudanzas que hice en los últimos años, si hubiese conservado alguna, no sabría donde encontrarla.

– Oye mamá, salgo de viaje pasado mañana: ¿podríamos ir a Madrid esta tarde y dormir en un hotel?, de esta manera estaríamos más tiempo juntas y podrías contarme más cosas de mi padre.

El día anterior, habíamos comido con mi abuela y ya me había despedido de ella y había escuchado su sermón, al que sólo le faltó añadir que los africanos eran caníbales. Además abuela, África es un Continente, por lo tanto con muchos millones de personas y formas de hacer y pensar y yo solo voy a Guinea Ecuatorial, un pequeño país de ése inmenso continente.

Mi madre y yo nos fuimos juntas a Madrid, tenía que coger el avión al día siguiente, a las ocho de la mañana en el terminal 1 del aeropuerto de Barajas. Allí había muchísima gente y yo no sabía distinguir los que viajaban, de los que solo venían a despedir a los que viajábamos.

Mi madre ahora sí que la veía un poco preocupada. Yo la tranquilizaba diciéndole que solo estaría un mes y que la iría llamando, por lo que le pedía tuviera el móvil abierto, así como que también podía enviarme un correo electrónico.

– Ribocho, me contestó mi madre, pero es que allí ¡no hay internet! Nos despedimos y yo pase el control de pasaportes, ya que no había facturado nada. De repente, oigo una voz que me grita:

– Oiga, oiga señorita, me giro y veo una mujer joven que me pregunta:

– ¿va a Malabo?

– Si, si respondí,

– ¿puedo utilizar su billete para facturar algunos de mis múltiples bultos?

– Mi respuesta fue tajante: ¡no, no puedo aceptarlo ya que desconozco el contenido de sus maletas!, yo no salía de mi asombro ya que sin conocerla de nada, me pedía semejante responsabilidad. Mi asombro no acabó aquí, ya que estando en la cola a punto de entrar en el avión, veo a una chica con infinidad de bultos, que se me acerca y me pide que le ayude a llevarlos hasta el avión. Una vez más me niego, a la vez que empiezo a ser consciente de que estoy entrando en contacto con el país de mi padre y por lo que parece con mal pie; la verdad es que son situaciones surrealistas para mí.

Son seis horas las que dura el vuelo de Madrid a Malabo, ya estoy acomodada en mi asiento y mi maleta en el portaequipajes y observo que los que llegan más tarde, no tienen la posibilidad de colocar sus equipajes ya que están llenas a rebosar. El avión está repleto y el vuelo resulta muy plácido; yo me paso el tiempo leyendo, a gusto situada al lado de la ventanilla, cuando de repente se oye que la tripulación anuncia por la megafonía: "Señores pasajeros, dentro de

media hora aterrizaremos en el aeropuerto Internacional de Santa Isabel"

Yo me sobresalto: ¿aeropuerto de Santa Isabel?, pero si yo ¡voy a Malabo! Agudizo el oído por si es que hubiera entendido mal y si, si, repiten: "Aeropuerto de Santa Isabel". Yo le doy una ojeada a mi billete y me confirma que efectivamente aterrizaremos en el Aeropuerto de Santa Isabel, la cual cosa me tranquiliza.

Desde el avión observo por la ventanilla que hay una vista realmente impresionante de la isla de Bioko; me llama especialmente la atención el paisaje tan frondoso, a la vez que diviso el campanario de una Iglesia, el puerto, las plantas petrolíferas que desprenden grandes fogaradas; a la vez que el avión inicia las maniobras que acaban en un tranquilo aterrizaje.

Al salir del avión, la primera impresión fue una oleada de calor asfixiante, es el mes de mayo y es época de lluvias.

Llegamos a la sala de control de pasaportes, hay dos hileras que nos llevan hasta sendos mostradores, uno para los nacionales y otro para los extranjeros. El control es rápido, en mi caso al no haber facturado no tuve que esperar para recoger equipaje alguno, puesto que llevaba mi maleta y mi bolso conmigo. Los pasé por la cinta y el escáner y parecía ir todo bien, pero cual no fue mi sorpresa, al darme cuenta que antes de llegar a la puerta de salida había dos chicas y un guardia, que "amablemente" me invitaron a abrir el bolso y la maleta. Yo sorprendida, les obedecí y observé estupefacta como se pusieron a revolver, sin ningún cuidado todas mis pertenencias.

Y éste fue mi primer contacto con el país de mi padre, a lo lejos veía a una mujer, con un joven que me hacían señales y gritaban:

- ¡Eh, eh, eh, eh, eh! aquí, aquí! Llevaban un papelito en el que se podía leer con dificultad: "RIBOCHO"; eran Bochaca y su hijo Ebahé.

Ra´a

Me he acercado a Bochaca y su joven acompañante, les saludo y me abrazan efusivamente.

- Hola Ribocho, yo soy Bochaca la sobrina de Sita Rieka y este es Ebahé, mi hijo.

Correspondo a los saludos y me llevan hacia un coche seminuevo; Ebahe y yo colocamos el equipaje en el maletero y entramos en el coche. Bochaca se pone al volante y me invita a sentarme en el asiento del copiloto, Ebahé se sienta en uno de los traseros. Tomamos una autovía con letreros indicativos de las direcciones a Sipopo, Rihaba, Rebola y otras poblaciones de la isla. Observo el paisaje, la vegetación es de un frondoso impresionante, con inmensas hojas de un verde intenso, que las gotas de lluvia resaltan en contraste con el gris brumoso que envuelve el paisaje. Llegamos a una rotonda y tomamos el carril de la derecha en dirección a Rebola; a unos quinientos metros, nos encontramos con una barrera en que nos obligan a detenernos y de la caseta de la derecha sale un guardia, observo que dentro hay tres mas sentados con gesto indolente.

El guardia se acerca al coche y pregunta:

-¿Dónde vais?

Bochaca, que se la ve muy familiarizada con esta situación le responde con parsimonia:

- A Rebola hermano
- ¿Y esta blanca?

- Bochaca, responde: es nuestra sobrina que viene de España y ahora mismo venimos del aeropuerto de recogerla.
- ¿Cuál es su gracia señorita?, me inquiere el guardia
- ¿Mi gracia?, respondo sin acabar de entender su pregunta.
- Ebahe interviene: ¡se llama Ribocho!
- ¿Qué pasa, ella no sabe hablar?
- Sii respondo, mi nombre es Ribocho.

Entonces nos pide la documentación, yo le doy mi pasaporte ya abierto por la página donde figura el Visado. Veo como el guardia lo gira y regira, pasa páginas nervioso y desorientado, para acto seguido pasárselo de mano en mano al resto de los guardias, ya que todos se habían levantado a contemplar a la blanca. Después de un buen rato, el guardia que sospecho es el Jefe, nos entrega las documentaciones y le dice a Bochaca.

- ¿Hermana "haz algo no..."?, ¡estamos sedientos!
- Vi como Bochaca tendía la mano como para estrechar la del militar y este le correspondía, para con gesto automático meterla en su bolsillo.

Nos subimos al coche y en ocho minutos escasos, estamos en Rebola.

- Ribocho, dijo Ebahe, ¿ves allá, allá?, es la colina de Rebola.
- ¡Rebola, exclamé! Bochaca yo he de ir a Isile, no a Rebola.

- No te preocupes hija, primero vamos a mi casa, para descansar y comer alguna cosa y después ya iremos a Isile.

Entramos en el pueblo, y Bochaca desde el coche va saludando a casi todas las personas que nos encontramos por el camino, a la vez que me va mostrando el pueblo, indicándome: ves? éste es el ayuntamiento, señalándome una edificación moderna y grande en comparación con las casas que le rodean; justo al otra lado están las escuelas, son cuatro edificios situados en paralelo que conforman un espacio por el que se mueven niños y niñas con sus trenzas y sus uniformes con las mochilas a la espalda.

A la altura de las escuelas dejamos la carretera central, girando a la derecha, a la vez me indican que la carretera que acabamos de abandonar, es la que lleva a la Iglesia del pueblo; a unos cien metros, Ebahe me da un golpecito en la espalda y me dice:

- Ribocho, ¿ves a tu derecha? ésta es la Casa de la Cultura, y estamos en el barrio de Wakátáa.
- Nosotros vivimos en el barrio de Riboho, me dice Bochaca.

Llegamos a Riboho y ya en la casa de Bochaca, entramos en un espacio limpio y en orden, con cuatro habitaciones, cada una con dos camas y un comedor inmenso y bien amueblado, con su mesa y sus seis sillas y un gran sofá; en uno de los rincones hay una nevera.

Me sorprendió sobre manera, la ausencia de cocina y cuarto de baño.

Entretanto, Ebahe había sacado mis pertenencias del coche y las había dejado en un rincón del comedor.

- ¡Ribocho!, era la voz de Bochaca desde la terraza
- ¡Sí!
- Ven, que te voy a mostrar la cocina y el baño.

Estas dos dependencias tan importantes en una casa, aquí están separadas; son dos departamentos anexos más, con una cocina muy espaciosa, con una mesa y cuatro sillas. Y al otro lado el baño, con plato de ducha y un gran espejo, un armario y el tendedero para la ropa. También había un bidón lleno de agua. No me había imaginado este tipo de distribución

Nos metimos en la cocina, Bochaca se puso a hacer la comida en una olla llena de ingredientes que me resultan desconocidos en su mayor parte.

- ¡Mira Ribocho!, esta salsa que estoy preparando, contiene caracoles con berenjenas y en aquella olla de allí, hay "habalá" (malanga rayada); también tenemos plátanos fritos, y arroz hervido, espero que te guste lo que he preparado para comer.

Yo venía advertida por mi madre, en algunas de las costumbres y normas a tener en cuenta, como por ejemplo que cuando te sirvan la comida, no se ha de decir que no te gusta; también me aconsejó no beber agua que no sea embotellada y que la botella esté

correctamente precintada. La comida siempre bien hervida y recuerda que si no te apetece, puedes excusarte diciendo: no gracias, ahora no tengo hambre.

Ahora tenía mucha hambre, la comida que Bochaca había preparado resultaba muy apetecible y por lo tanto, me puse a comer con fruición.

Bochaca tiene tres hijos: Sori de quince años, Lojelá de veinte y Ebahe de veinticinco. Sori y Lojela, llegan unos minutos antes de sentarnos a la mesa y Bochaca me los presenta.

La mesa ya está a punto: tenemos vino de palma, agua embotellada y refrescos; yo probé de todo, me gustó mucho el habalá y la salsa de caracoles con berenjenas estaba buenísima.

Estaba impaciente, quería saber cuándo iríamos a Isile, pero no mostré mi impaciencia; Lojela había congeniado conmigo enseguida, no cejaba de preguntarme cosas sobre España:

-¿Es verdad que el frío que hace en la Península es insoportable? ¿La enseñanza es gratuita? ¿Todo el mundo puede ir al médico?

No tenía tiempo para responder a tantas cuestiones que le intrigaban y a la vez quería desterrarle tópicos implantados en su sociedad, que a veces provocan esas necesidades de situar mundos maravillosos, donde también hay miseria e injusticia.

Más tarde dijo, que tenía que ir a la Casa de Cultura ya que había una conferencia que duraba dos horas y que si quería podía acompañarla.

- ¡Ribocho!, intervino Bochaca,ves con ella y así conocerás por dentro la casa de Cultura y otra cosa, mañana hay una ceremonia del "Bothoy ",a la que quizás te gustaría asistir. Es una ceremonia para la fertilidad femenina y se celebra en la playa que está a tres kilómetros del pueblo.

- Bochaca te lo agradezco, pero a mi ya me gustaría ir a Isile y encontrarme con mi padre.

- Ya he contactado con tu padre y ¡no, no! no le he hablado de ti, no te preocupes. Solo le he pedido una entrevista, porque Ebahe quiere estudiar historia y él en la Universidad está en este departamento. Además tu padre en éste momento no está en la Isla, sino que se encuentra en Bata y vuelve hoy precisamente. Así que he quedado en vernos pasado mañana a las doce, porque es sábado y yo no trabajo. Y esta noche te quedarás a dormir aquí con nosotros, dormirás en la habitación con Lojela.

- Bochaca, no sé como agradecerte todo lo que haces por mi, pero de verdad, yo puedo quedarme en Malabo, ya que me hice con unas cuantas direcciones de hostales desde León.

- Nada de molestia, Sita Rieka no me perdonaría el hecho de que no te dejase en la misma casa de tu padre.

Así que aquella tarde, me fui con Lojela a la Casa de Cultura: ¡que grata sorpresa me llevé! Es un centro precioso, tiene una biblioteca muy bien surtida con buenos y variados libros; cogí un folleto con la programación del mes, y era muy interesante; hacían presentación de libros, conciertos musicales, teatro, proyección de películas y un montón de actividades que jamás hubiera imaginado pudiera darse en este pequeño rincón de África.

- A la mañana siguiente, después de un desayuno copioso preparado por Ebahe en el que no faltó la dosis correspondiente de unos exquisitos "Macara" (buñuelos de plátanos y harina, fritos). Ebahe, Lojela y yo nos unimos, a la comitiva del "Botohy".
- ¡Qué ceremonia tan bonita! No pude evitar el recuerdo de la ceremonia que se celebra cada final de agosto en la playa galega de "A Lanzada", donde numerosas mujeres acuden de noche, al entorno de la ermita, para tomar "las nueve olas" en busca de la fertilidad.

¡No deja de ser curioso observar, cómo pueblos geográfica y culturalmente tan alejados, ejecutan ritos tan similares!

¡Rim, rim, rimmmmmmmmm; ¡Abuna, suena el teléfono! Le dijo su esposa Bielelo.

-¿Es el teléfono fijo o es el Móvil?, preguntó Abuna

- ¡Es tu móvil!, aclaró la mujer.

- ¿Diga?¡si soy yo!, contestó Abuna

Al otro lado del aparato, se oyó la voz de Bochaca decir:

- Buenas tardes, don Ignacio, soy Bochaca la madre de Ebahe, de Rebola.

- ¡Ahaaaaaaaa! Diga, diga, contestó Abuna.

- ¿Se acuerda de nuestra cita? preguntó Bochaca

- Claro que me acuerdo, la fijamos para mañana sábado a las doce que no trabajo y estaré en casa, ¿vendrá con usted, Ebahe?

-Sí vendrá conmigo, afirmó Bochaca.

Sobre las cuatro de la tarde, volvemos todos los participantes del Botohy y yo me encuentro particularmente cansada, no solo por la caminata, sino de tantas emociones juntas: la gente, el colorido de los adornos de los participantes; junto con ése paisaje tan bonito, en el trayecto que va del pueblo hasta la playa.

Llegamos a casa de Bochaca y yo no hacía otra cosa que preguntar sobre todo lo que había visto ¡Que día más completo!

- ¿Chicas ya estáis de vuelta? ¿Cómo ha Ido el Botohy?

Es la voz de Bochaca que sale de una de las habitaciones.

- ¡Si mamá, estamos aquí, no he dejado a Ribocho por el camino!, respondió Lojela,

Preparamos la cena entre las tres y nos fuimos a dormir prontito, y la noche fue, lo que llamamos "noche de chicas", pasamos media noche charlando y al final nos quedamos dormidas hacia las tres de la madrugada.

Son las nueve y media cuando me levanto; aquí se madruga, ya que a las seis de la mañana comienza con el clarear del día la vida en Rebola. Nosotras ya nos hemos aseado y estamos desayunando; hoy el desayuno consta de plátanos fritos y un buen vaso de leche, en la mesa también hay mangos y papayas, dispuestos para comer.

Preparo mi equipaje y lo pongo en el mismo rincón que lo dejó Ebahe el día de mi llegada.

Bochaca nos informa que saldremos para Isile sobre las once pero, por si no volviese a Rebola, a Bochaca le gustaría que diésemos un paseo, para que conozca un poco el pueblo y sobre todo la Iglesia y la casa de Sita Rieka; para así dar fe con imágenes de mi estancia en el pueblo y yo hice las fotos de rigor.

A las once partimos para Isile, Bochaca, Ebahe y yo observo la misma estampa que el día que llegué al aeropuerto de Santa Isabel.

Lojela y Sori, aquel día tenían actividades en la casa de Cultura,por lo que no nos pudieron acompañar.

Hemos tomado la carretera en dirección a Malabo y antes de llegar a la ciudad, hay una salida que tomamos y esta es la dirección a Basile Bubi. No veo ningún indicador hacia Isile, pero no digo nada, porque confío en Bochaca, ya que tengo la sensación que esta mujer lee mis pensamientos y efectivamente, al poco me dice:

- Vamos bien, no te preocupes, Isile es Basile Bubi y muy cerca del pueblo, hay un internado de chicas que dirigen una congregación de monjas españolas.

Yo estoy muy nerviosa; dentro de muy pocos minutos le pondré cara a mi progenitor.

Bochaca conduce muy lento, porque según ella desea que disfrute del paisaje y razón no le falta ya que es muy bonito.

- ¡Ebahe Ebahe! ¿aquellos edificios que se ven allá a lo lejos, qué son?,le pregunto.
- Estos edificios forman parte del internado de chicas,aunque no vemos todo el complejo, porque es muy grande, me responde Ebahe
- En unos minutos estaremos en el pueblo Isile, me dice Bochaca.

Y efectivamente, a la vuelta de una curva vemos las primeras casas de Isile. Aquí no hay problema para aparcar el coche y el pueblo a diferencia de Rebola no está en una colina. Es un pueblo pequeño, limpio llano y muy ordenado.

La mayoría de las casas son de madera, de una sola planta y pintadas de blanco; algunas destacan por ser de construcción moderna y de cemento; el Ayuntamiento es del mismo estilo que el de Rebola y está cerrado, porque es sábado y no trabajan; el pueblo en sí es muy silencioso, porque la gran mayoría de sus habitantes estaban aun trabajando en las fincas, según explica Bochaca. La escuela y las pocas oficinas que hay también están cerradas a cal y canto.

Algunas mujeres con sus bultos a la cabeza vuelven de las fincas: unas llevan yame, otros plátanos, otras malanga, leña para las cocinas, frutas, etcétera.

Bochaca saluda a una mujer y le dice: ¡Eh wari we ha bokusé! Y seguidamente le pregunta:

- ¿Sabrías indicarnos la casa de Don Ignacio?
- Si, si, respondió la mujer, es Abuna indicó. Mira wari, es aquella casa que se ve allí, enfrente, pintada de color verde.
- Gracias, dijimos los tres a coro.

Yo con los nervios a flor de piel, siento un íntimo desasosiego a la par que una ilusión combinada con algo de miedo, por lo que el encuentro pueda significar. Así, con éstos pensamientos caminamos hasta la casa verde.

Llamamos al timbre un par de veces y al final abrió la puerta una joven muy alta y para mi, muy bonita, que nos invitó a entrar en un salón precioso, con las paredes adornadas con máscaras de madera y tapices africanos y una librería inmensa, con muchas fotografías distribuidas por las diferentes estanterías.

-¡Papá, papá, tienes visita!. Se pueden sentar, que ahora vendrá mi padre, dijo la joven, abandonando la estancia.

De repente, aparece un Señor también alto y vestido con una camiseta con una impresión en la pechera, donde se leía: "Tochi Biké" y un pantalón de tela africana y nos saluda.

-¡Buenos días!

- Muy buenos días, respondemos.

- ¿Quien de vosotras dos es Bochaca? porque sin duda alguna, tú eres el joven Ebahe.

- Bochaca respondió: yo soy Bochaca efectivamente, este joven es Ebahe mi hijo y esta joven es Ribocho

- ¡¡Ribocho!!,exclamó mi padre.

- ¡Si don Ignacio! confirmó Bochaca.

- Bueno Bochaca, puedes llamarme Abuna o Ignacio a secas

- De acuerdo, afirmó Bochaca. Y siguió hablando:

- Abuna, ésta joven es Ribocho y viene de España, concretamente de León y ha hecho este largo viaje solo para conocerte.

Abuna buscó el "Epa" en mi muñeca y yo me di cuenta, ya que siempre lo llevaba conmigo.

- Bueno, bueno ¡Qué sorpresa! ¡sii, sii es mi hija, mi primogénita a la que siempre he tenido presente en mi mente.

Acto seguido Abuna, cogió su móvil e hizo una llamada, yo hasta el momento no había abierto boca.

- ¡Bielelo! has de venir a casa enseguida, tenemos visita dijo mi padre y seguidamente llamó a sus hijos que estaban por algún otro sitio de la casa.

- ¡Loberi, Rikato!¡Rikato,Loberi!

Le noté nervioso mientras esperábamos y entonces vi entrar en el salón a mis "hermanos"; no sabría decir quién de los dos era el mayor, si la chica o el chico, y la verdad es que los encontré a cual más guapo.

- Hijos, traed bebida fresca y la piña que traje esta mañana de la finca y ofrecerles a nuestros invitados.

Los dos jóvenes abandonaron prestos el salón y de repente se abre la misma puerta en que nos recibió la joven y aparece una mujer de tez clara, con el pelo trenzado y porte elegante con un "bubá", entra en el salón y nos saluda:

- ¡Buenos tardes! Ya son las dos de la tarde y deseo una feliz estancia entre nosotros.

- Bielelo siéntate, que los chicos nos traen ahora la bebida fresca, dice mi padre.

Y efectivamente al momento entran los dos jóvenes con la bebida y la fruta y hacen ademán de marcharse.

- Quedaros con nosotros, que brindareis con nuestros invitados. Y dirigiéndose a su mujer y a sus hijos dice:

- Bielelo, Lobery, Rikato siempre os he hablado de mi hija Ribocho que dejé en León y hoy - continúa hablando mi padre- ha tenido la amabilidad de visitarnos y os la presento.

Me tomó de la mano, me abrazó y dijo:

- Ribocho esta es mi familia, estos son tus hermanos, Loberi, la mayor y Rikato el benjamín; y dirigiéndose a sus hijos continuó: ésta es vuestra hermana mayor Ribocho, que lleva el nombre de vuestra abuela.

Todos estamos sorprendidos y al mismo tiempo muy contentos, nos abrazamos y Bielelo, la mujer de mi padre se acercó al grupo y uniéndose al abrazo, dijo:

- ¡Bienvenida a ésta tu casa, hija!

Nina B. Camó

Teopista Bokesa Camó, a la que le gusta firmar sus trabajos como Ninah B. Camó, por hacerle un guiño al pueblo de Basakato de la Sagrada Familia (Bioko-Norte, Guinea Ecuatorial), que la llamó así desde que le vio nacer en 1964.

Estudió Imagen y Sonido en Formación Profesional, con un premio de Fotografía en su haber.

Creó la Asociación de Mujeres del mundo de Leganés de la que es Presidenta actualmente, Más tarde se dedicó a escribir, escribir solamente, junto con otros alumnos en el taller del escritor Andrés Mencía.

Colabora con algunos de sus cuentos en la antología: ¨*Nómadas Contrasentados*¨, como por ejemplo ¨*Eugenia*¨ *y* ¨*El hombre del tren*¨, publicados por la Editorial Patrañas.

En la actualidad realiza estudios de Política y de la Administración por la UNED,

Obras publicadas

"Nómadas contrasentido", Patrañas 1999.

"El hombres del tren ", Patrañas 2000.

"El otro lado de la puerta", Mey 2015.

EL OTRO LADO DE LA PUERTA.

Wewe bajó del coche como pudo, tropezando con una señora que tenía estiradas las piernas que ni se molestó en recogerlas. Lo primero que se quedó mirando fue su camisa. Su madre le había aconsejado ponerse cualquier color de ropa, excepto el blanco.

-Cuando llegues a tu destino, tu camisa se habrá convertido en gris, aunque hay cosas peores.-Había dicho su madre cuando la vio vestirse- Solo que para ella en esos momentos no podía haber otra cosa peor que su camisa preferida,

de un blanco inmaculado en solo unas horas, ahora convertida en marrón.

-¡Ey, Wewe! Bolebó la llamó desde el otro lado de la carretera, mientras Wewe esperaba impaciente a que se fuera la furgoneta y desapareciera de una vez el humo que desprendía.

-Qué vista tienes Bolebó! –Wewe hablaba mientras daba dos besos a su amigo.

-Me dijo tu tía que ibas a venir hoy, y que estarías aquí todo el verano porque habías aprobado todas. Te felicito.

-Gracias. Su amigo le ayudó con la maleta.

-A mí sin embargo, me ha ido fatal. Estoy muy desanimado.

-¿Te han quedado muchas?

-Cinco. Pero el problema no son las que me han quedado, sino lo poco motivado que estoy.

-Anda, no te preocupes, te ayudaré en las que pueda, como el pasado verano en casa de mis tíos

-¡En casa de tus tíos no!- Bolebó intentaba asir con seguridad la maleta de Wewe mientras la hablaba –Ya veo que todavía no lo sabes.

-¿Saber el qué? – Wewe le miraba ahora con ojos inquietos. La expresión de su cara era más bien de susto. Una cara redonda, con unos pómulos salientes, los ojos pequeños y las pestañas largas, rematadas con unas cejas finas, que más de una vez le preguntaban si se las acababa de depilar. Un rostro que su amigo ahora al mirarla se daba cuenta de la alegría que le embargaba volverlo a ver.

-Dicen en el pueblo, comentan en el pueblo, hablan las malas lenguas que tu tío es un brujo.

Wewe se detuvo en seco y así en esa posición se quedó hasta que Bolebó le volvió a hablar.

-No estoy seguro de que sea cierto, ya sabes cómo es la gente en éste pueblo- Ey Naranjito! – Bolebó había visto desde lejos el gesto del tal Naranjito, al principio venía en la misma dirección que éstos, pero en cuanto se dio cuenta de quiénes eran, torció hacia el pequeño camino que le adentraba en el bosque.

-¡Anda, ven!

Naranjito se acercó corriendo y tan sudado estaba que tenía la cara como si se la acabara de mojar.

-Estás bañado en sudor, tío. Por qué te metías por ese camino sin decirnos siquiera adiós. Y no nos digas que no nos habías

visto, pero yo sé lo que te pasa, tienes miedo a Wewe.

-No, por favor…

-Lo has hecho por el comentario que circula por todo el pueblo. ¡Vamos! Di la verdad.

Naranjito estaba callado. No se sentía con fuerzas para hablar, entre otras cosas porque sabía que le habían pillado. Y no podía haber sido otra persona que no fuera el ¨burlador de Bolebó¨.

-1-

La única solución que tenía, era decir la verdad que además sabía que a Bolebó le gustaba, le consideraría noble y sin más le dejaría marchar sin meterse más con él.

-La verdad es que sí.

-Sí, qué.

-Sí que estaba huyendo de Wewe, sí que en el pueblo no se habla de otra cosa que no sea del nuevo brujo que es el tío de Wewe… y como yo mucha gente huirá de ti Wewe…lo siento.

Naranjito por su parte dio por terminada la charla y pensó que ahí ya no tenía nada que hacer. Y de decir, había dicho bastante. Se sacó un pañuelo casi negro del bolsillo y se limpió el sudor que le bajaba por toda la cara.

-Has dicho mucho y no has dicho nada Naranjito porque todo lo que has dicho yo ya lo sabía. Ahora bien ¿Crees que es buena esa actitud tuya o de la gente al considerar a Wewe igual de bruja que su tío?

A Naranjito le empezaron a temblar las aletas de su nariz. Y miraba a Wewe con ojos medio compasivos, medio sorprendidos.

-Claro que no. Wewe yo…

-Sabiendo que Wewe no es culpable ¡ni mucho menos! Espero que vayas y lo propagues… ¡Ah! Tendré en cuenta tu sinceridad.

-Wewe- Se dirigió directamente a ésta como advirtiéndola-

dicen que toda la brujería de tu tío está metida en una de las habitaciones de la casa, o sea…ten cuidado ¿vale?

-¡Vaya! Ahora va a resultar que nuestro querido amigo está preocupado por ti Wewe, y sin embargo hace un rato intentaba evitarte…

Naranjito se echó hacia un lado sin saber cómo reaccionar; no sabía si seguir discutiendo, o pasar de ellos. Sin embargo se sentía molesto al reconocer la habilidad que tenía Bolebó de conseguir dejarle siempre en ridículo.

-¡Anda, ve a mover las aletas de tu nariz a otro sitio, ¡vamos!- Le gritó Bolebó. Y haciendo un gesto de ¨déjame paso¨, siguió charlando con Wewe como si nada.

Wewe por su parte pensaba que Bolebó había sido un poco duro con Naranjito, pero también sabía que tenía toda la razón, pues él formaba parte de una pandilla de chicos con una gran influencia en la zona en la que vive.

-Vas a hacer el favor de dejar de meterte conmigo, Bolebó, porque yo no te he hecho nada.

Naranjito se había acercado a los dos amigos por detrás mientras hablaba con toda la seriedad que pudo reunir.

-Me estaba preguntando que de dónde diablos salía la voz- era otro de los comentarios sarcásticos de Bolebó, pues aunque no estuviera del todo seguro de que le había perdido de vista, necesitaba hacer ese comentario porque suponía que de esa manera le humillaba aún más, o al menos conseguía ponerle nervioso- y resulta que estás detrás de nosotros. Vamos a ver Na-ran-ji-to, ¡vaya nombrecito! ¿Y por qué no te llamaron Naranjo, ¿Qué és incluso más señorial?¡Vaya nombrecitos

más tontos! Pero en fin, a lo que iba: no me has hecho nada, y creeme, tampoco puedes hacerme nada porque eres un cobarde. ¡Fíjate en ti…-se quedaron callados, mientras Wewe examinaba con detenimiento a Naranjito. Este estaba quieto, totalmente quieto, firme, recto, en una actitud casi solemne, como si estuviera ante su padre o algún superior suyo-…Esto es lo que me molesta de ti, tu cobardía- Hizo un gesto como si fuera a darle una patada, y este salió corriendo.

-2-

-Me molestan los chicos cobardes Wewe, que cuando van solos casi huyen de los demás, y solo se sienten fuertes cuando van en grupo, ya verás a Naranjito otro día cuando esté con su pandilla. ¿Te has fijado en la camisa que llevaba? El primero que compró ese modelo de camisa fue su primo Tommy que también está en su pandilla, digamos que es como el cabecilla, y pronto todos los demás comenzaron a trabajar a destajo, donde les llamaban, con un único objetivo, comprar una camisa similar. Lo que me saca de quicio en éste pueblo es que nadie piensa nada, cuando a una persona se le ocurre algo y lo lleva a cabo todo el mundo va y hace lo mismo.

El otro día a mi madre se le ocurrió la idea de hacer buñuelos y venderlos delante de casa, aprovechando la hora que regresan los jornaleros, pues fue un éxito, porque como vienen hambrientos, y algunos no tienen mujeres, compran y comen lo que pillan, y encima si está bueno como los buñuelos de mamá; fue visto y no visto. Durante cuatro días mamá sacó un buen rendimiento de su pequeño negocio, incluso pensó en la posibilidad de ampliarlo, hasta que el quinto día, a la vecina de enfrente se le ocurrió hacer lo mismo, y la otra y la otra...y ahora ya casi ninguna vende nada porque ya son muchas comerciando ¡casi con lo mismo! y poca la clientela.

Se estaban acercando a su casa, cuando Bolebó se dio cuenta de que la tía de Wewe estaba en el balcón de su terraza esperándola. Entonces se acercó a Wewe, le puso la maleta en sus manos para que la sujetara, y le dio dos besos.

-Hagas lo que hagas, ten cuidado.

Wewe le regaló una media sonrisa, no tenía en esos momentos otra cosa mejor. Y se alegró de que su amigo le conociera tan bién como para intuir que iba a hacer algo. Claro que lo iba a hacer. Odiaba las historias de brujerías y de cosas raras, pues para ella esas historias solo hacían que las personas fueran un poco más estúpidas. Eso es lo que a su madre le gustaba repetir, y Wewe siempre le dio la razón. Era una idea que ella había mamado de sus padres, y consideraba a su tío Juan como un padre, ¿cómo había podido caer en chiquilladas parecidas?

-Estás más alta cada día. Ven aquí, hija mía, ¿cómo estás?- Su tía se le había acercado dándole un cordial abrazo. Y durante unos instantes, Wewe se acordó de su madre. La hermana pequeña de su madre tenía el don de recordarla constantemente.

-Bién.

Y como vio de reojo a su tío sentado en el salón, corrió a saludarle

-¡Tío, tío!

Este se levantó y abrazó a su sobrina contagiado por su alegría, y pronto vinieron sus primos, saliendo de sus escondites, para saludarla.

-Esto es la prueba palpable de que has vuelto a sacar buenas notas. Verte aquí me llena de alegría, hija mía. A ver si animas a tus primos sobre todo a Bisila que ya no quiere estudiar, no hace más que fijarse en los chicos.

-¿Y dónde está?

-Con alguno, seguro. Todos los días estoy diciendo a estos que se aferren a sus estudios como si se les fuera la vida en ello. Sabes lo que significa aferrarse a algo como si a uno se le fuera la vida en ello, ¿verdad? Supongo que sí, puesto que tú ya lo haces, espero que no decaigas. Pero tu prima no me hace ni caso, y verás cómo se arrepiente antes de lo que ella cree. Pues dentro de poco van a cambiar muchas cosas y me temo que para el lado que nos toca como bubis, será peor, y no me hacen ni caso. Dentro de unos años el poder de Macias se hará patente en este país. Ya estáis viendo que los blancos se están yendo todos los día y de una forma rápida. Dentro de poco llegarán los fang, y este país será otra cosa.

-3-

No se sabe si será para bien o para mal, pero desde luego será muy distinto de lo que ahora es.

A la tía de Wewe le gustaba la alegría de su sobrina, y se alegraba al pensar que existía la posibilidad de que ésta todavía no se hubiera enterado de lo de su tío ¨de lo contrario no le habría dado ese abrazo tan lleno de cariño¨. Pensaba la tía de Wewe mientras observaba con emoción contenida el interés que ponía su sobrina escuchando las palabras de su tío.

-Puedes dejar ya tu maleta en la habitación, yo voy a preparar la cena.

Wewe cogió su maleta y se dirigió al cuarto de su prima, ya sabiendo que al ser las dos chicas, iban a compartir la misma habitación, como todos los años.

Le gustaba mucho la distribución de la casa de sus tíos: el enorme salón en el centro con las cuatro habitaciones; dos a la derecha y dos a la izquierda, y a continuación del salón la terraza que daba a la calle. La terraza estaba tan a pie de calle que cuando había fiestas en el pueblo, podían disfrutar desde ella con total comodidad de los pasacalles. Amén de que algunos chicos atrevidos se acercaban hasta ellas y les saludaban y a su prima que era muy guapa la silbaban todos, sobre todo cuando no estaba cerca su tío.

Después de asegurarse que había dejado todo ordenado en los distintos cajones que supuso que su prima había dejado libre para ella cogió una toalla limpia y salió a ducharse, ya que las duchas se encontraban fuera de la casa, igual que la cocina.

Después de la ducha vio que la habitación que se encontraba contigua a la suya, estaba entreabierta y se acordó de la conversación de Naranjito. También Bolebó se lo había insinuado ¨la habitación en la que nos quedábamos a estudiar y a jugar a las cartas el año pasado, se ha convertido en su ¨cuna brujeril¨, le había dicho Bolebó. ¨Dicen que tiene una habitación en su casa en la que guarda todas sus brujerías¨, le había dicho Naranjito, y ella se imaginó cabezas colgantes que iban de un lado a otro, frascos con un montón de potingues, pero era incapaz de imaginar a su tío al frente de esas cosas. Se metió sigilosamente en la suya y mirando por un agujerito que tenía la puerta, pudo observar los movimientos de su tío, mirando por todos los lados como si se estuviera escondiendo, o como si tuviera miedo de algo, actitud que para ella era totalmente extraña y desconocida dado el carácter dicharachero de éste. Wewe esperó hasta ver que su tío desaparecía de su vista y así salir de su escondite. Estaba tan preocupada por lo que acababa de ver que no escuchó cómo la llamaban. -¨Te están llamando¨-La voz de su tío sonó tan cercana detrás de ella por lo inesperado y el susto casi se cae desde el segundo escalón en el que se estaba bajando camino hacia la cocina. ¡Qué susto tío! Se atrevió a decir.

-¡Wewe, Wewe!

Era su prima Bisila quien desde la cocina la estaba llamando. Sabía que tenía que ir ella para saludarla porque era la menor aunque solo se llevaban escasamente un año de diferencia , pero a su prima le gustaba dárselas de mayor, de muy mayor. Su prima había cumplido los diecisiete en Enero, y Wewe los cumpliría en Diciembre. Bajó las escaleras de la casa y se fue

a la cocina, estaba llena de humo, su tía intentaba soplar las brasas para que se encendiera es fuego.

-¡Bisi! ¿Cómo estás?

-¡Bien, muy bien!

-Estás más delgada, o más alta, o yo te veo así. ¿Va todo bien?

Bisila se había levantado para compararse con su prima, pero otra vez se volvió a sentar, con los mismos gestos finos y elegantes que la caracterizaban.

-4-

-Estoy bien, que es lo más importante.

-Claro, claro. Y los tíos, ¿qué tal están?

-Bien, muy bien.

-¿Y tus hermanos, Sichumé y Robe?

-Bien también. Ya sabes que los dos se están preparando para irse a España porque quieren seguir estudiando.

-Ya lo sé. Un día de esos pasó por aquí la ´huracán´ de tu madre contándonos vuestros logros e instigándonos a estudiar, como si fuera lo único del mundo.

Bisila se había levantado de la silla tras haber ayudado a su madre a soplar el fuego y tras coger del brazo a su prima se dirigieron las dos hacia unos bancos que había delante de su casa.

Wewe sabía que la idea de irse a España no le hacía mucha gracia a su prima por que dentro de unos años más le tocaría a ella, ya que terminaría el ´Preu¨ o sea una especie de final de la Enseñanza secundaria y si quería seguir estudiando porque en la Isla de Santa Isabel no hay ni una sola Universidad, la única salida era viajar hacia cualquier otro país en el que se pudiese estudiar alguna carrera, pero todos los bubis preferían España por la lengua y la proximidad como Provincia española que era la isla de Santa Isabel. Sabía Wewe que a su prima no le interesaban mucho los estudios, sólo le interesaba casarse y formar una familia, como hacían todas las chicas de su edad. Pero sabía también que viniendo de la familia que

venían eso era un poco difícil, siempre les habían inculcado las ventajas, las salidas que tendrían estudiando, tanto a los chicos como a las chicas. Pero a ellas las tenían más controladas por el riesgo de quedarse embarazadas, control que a Wewe le resbalaba porque a ella le gustaba estudiar, y aunque tenía muchos amigos, y disfrutaba de ellos, sus ganas de terminar sus estudios, saber más, salir de allí para poder seguir estudiando y conocer otros lugares lo superaba todo. Una vez las iban a meter, a su prima y a ella a un colegio interno como la mayoría de padres hacía, y a ella le pareció bien, pero su madre que era la que siempre llevaba la voz cantante en la familia, se opuso alegando que un embarazo podían tenerlo aun estando en un colegio, por lo tanto mejor tenerlas al lado para controlarlas mejor. Pero estaba claro que su prima tenía otras cosas en la cabeza, estiró sus manos hacia delante y enseñando a Wewe sus dedos dijo;

-Mira qué uñas más bonitas, me han hecho una manicura, ya verás cómo las mirarán los chicos.

Wewe las miró sin darle la mínima importancia, pues le interesaba que hablara de otra cosa, por ejemplo de lo de su tío, y no dudó en preguntárselo.

-Oye ¨Bisi¨ ¿es cierto lo que dicen del tío?

-¿Lo de que es un brujo? No sé qué hay de cierto en ello, pero te puedo asegurar que desde que saltó el rumor ya no ligo como antes…y eso me da mucha rabia.

No podía ser que siendo tan inteligente como era su prima, y tan guapa, pensaba Wewe mientras miraba con desinterés las uñas de su prima no se dignara a meter otra cosa en su cabeza que no fueran chicos.

-¿Y no has intentado averiguar qué hay de cierto en todo esto?

-No. Mi madre pasa del tema, o más bien, la noto como más pendiente de papá. Mis hermanos pasan completamente, y yo también paso. Aunque la verdad, noto a papá muy extraño. Se mete en esa habitación constantemente y sigilosamente y se asegura de tener la puerta siempre cerrada, y no sé dónde diablos esconde la llave. A veces oigo ruidos extraños procedentes de esa habitación…pero no digo nada.

-5-

En esta familia todos somos unos pasotas.

-Tus hermanos son todavía pequeños, pero tú...

-¿Y mi madre qué? ¿Por qué ella no hace nada? De todas las maneras, te aconsejaría que no intentaras hacer nada, porque mamá se enfadaría mucho contigo, y mi padre te miraría con esos ojos rojos como el fuego que tiene todas las noches, antes de meternos en la cama, cuando sale de esa habitación, y te dejaría fulminada...de miedo.

Dicho esto Bisila se encogió de hombros y a Wewe le dio la sensación de que su prima tenía realmente miedo de todo aquello más de lo que intentaba aparentar.

Ya estaba preparada la cena y su tía la estaba llamando desde la cocina.

-Este es para tu tío, llévaselo y luego ven a coger lo tuyo. ¿Comerás aquí o en el salón con tu tío?

-Comeré ahí fuera con Bisila.

-Entonces llévale lo suyo.

-Me imagino que tus primos estarán donde su amigo Ramón y vendrán cenados. Últimamente hacen lo mismo, y por más que les grito, no me hacen caso. Vienen justo para ducharse y dormir. De todos modos estamos de vacaciones y han sacado buenas notas. De lo contrario ya se las habrían visto con su padre.

-Y llévale éste a tu tío.

Mientras subía las escaleras de entrada a la casa vio desde

lejos que la puerta de la habitación estaba otra vez abierta y entonces empezó a subir con total sigilo, tanto que había pensado en quitarse las zapatillas si no hubiera sido que tenía especial miedo en pisar un ciempiés que por esas fechas suelen proliferar mucho por doquier.

Caminaba en cuclillas tan despacio que casi se tropieza con sus propios pies, veía a su tío de espalda, como si llevara o sujetara algo o incluso hablara solo. Ya casi estaba dentro del salón cuando salía, y rápidamente cerró la puerta y metió las llaves en el pantalón.

Se fijó en los pantalones y recordó que fueron los mismos de todos los días. Se estaba dando cuenta de que son los mismos pantalones que utiliza para faenar, y que se metía en ese cuarto todos los días después de regresar del bosque. Ahora tendría que fijarse dónde los cuelga después de cada jornada.

-Tío, te dejo aquí la comida.

Éste se había dado la vuelta bruscamente. -Pero, ¿qué diablos te pasa? Me has asustado, estúpida. ¿Me estás vigilando? –Le tenía a un palmo de ella, y aunque él era más alto pudo observar que tenía los ojos rojos, muy rojos. Y estaba realmente furioso.

-Te he preguntado si me estabas vigilando. ¡Contéstame!

-No. ¡No tío!

-Pues ten mucho cuidado. ¿Me has entendido?

-Sí, tío. Sí.

Estaba claro que su tío estaba furioso, pues nunca le había hablado de esa manera, pero a Wewe le pareció que en efecto,

tenía los ojos muy rojos, y eso le producía más inquietud todavía.

Cuando se despertó, sus tíos se habían ido a la finca. Estaban sus dos primos fuera jugando. Bajó las escaleras de la casa con los pies descalzos, a pesar del asco que le producía pisar cualquier cosa, y sus primos lo sabían por eso se quedaron mirando sus pies.

-¿Dónde está Bisila?-

-6-

-Se ha ido a visitar a su amiga.

-¿A cuál de ellas?

-A Elvira, creo.-Contestó Gabriel, el mayor de los dos-¿Qué te pasa, Wewe?-Le preguntó el más pequeño, muy preocupado, y Wewe pensó que tenía que serenarse, por lo menos para no preocupar a sus primos.

-No…no pasa nada, sólo quería contar a Bisi mi sueño, pero se lo contaré cuando venga. No pasa nada. Hizo un guiño a sus primos sonriéndoles a la vez y se volvió a meter en casa, y antes de meterse en su habitación comprobó si la habitación de al lado estaba cerrada, lo estaba.

Pronto se había lavado, desayunado y vestido, y ahora se dirigía a casa de su amigo Bolebó. Se encontraron a mitad de camino, pues el otro también venía a buscarla.

-Hemos quedado con Cándi y Robe, nos esperan en Río Grande.-Este se había quedado ahora mirando fijamente a su amiga.-A ti te pasa algo.

Y Wewe le contó que durante toda la noche había estado escuchando ruidos extraños desde la habitación de al lado.

-¡Qué tipo de ruidos!

-¡De todo tipo! De bebes llorando, voces de gente discutiendo, y luego siseando, de personas roncando, de personas tosiendo. ¡Tenía los pelos de punta! Y encima mi prima sin enterarse…o tal vez no; pues la sentí moverse…Mientras que yo ¡Tenía miedo incluso de respirar!

-Tenemos que hacer algo, entonces…

-¡NO! Yo me voy ésta misma tarde…Ha sido horrible.

-¿Y qué les dirás a tus padres? Sabiendo cómo es tu madre, vendrá con los cañones, los tanques de guerra y todo lo que hiciera falta para armarla…

Wewe se quedó un rato pensando, su amigo tenía razón. Además, ella se había prometido averiguar todo aquello, y ahora aunque tuviera miedo, tenía que intentarlo.

-Creo que tengo una idea. Buscar sus pantalones de faena.

-¿Los grises, raídos y llenos de manchas?

-¡SI!

-Pues será un poco difícil, pues son los que se pone casi siempre, y sobre todo cuando trepa las palmeras en busca de su ¨Topé, pues como sabrás es el principal proveedor de ¨Topé¨ de éste pueblo. Y eso que es mi bebida favorita, pero tiene que ser del primer líquido de la palmera. Esa primera agua que da la palmera, es una bendición. Pero claro, el ¨especialista¨ de tío lleva su garrafa, la ata a la palmera y se ¨olvida¨ de ella, mientras trabaja las otras palmeras, un mes después…

-¡Un mes después! ¿Por qué siempre tienes que exagerar las cosas?...

-No es ninguna exageración. Es la verdad. Y con dos vasos, y no digo uno para que no digas que exagero. Con dos vasos he visto y escuchado a gente hablar palabras extrañas, solo de lo borracho que estaba.

-Claro, claro. No sé por qué mi tío no habrá patentado todavía su "Topé" y hacerse famoso.

-No habrá tenido la idea. Ya me encargaré yo de dársela, pero claro, por un precio elevado. Las ideas se pagan, es más, la idea es el dinero. Volviendo a lo que nos preocupa, ¿cómo piensas conseguir los pantalones del personaje en cuestión?

-Alguna vez tendrá que sacarlos a lavar, o cuando se vaya a acostar. En fin, no me he fijado mucho, pero creo que se los deja tendidos encima de las placas de cinc que cubren el baño.

-Pues ya lo tienes. Si no da resultado, le secuestraremos, o bien le daremos un buen trago de su mismo ¨Topé¨ fermentado ya te he contado lo que emborracha. Y entonces conseguiremos no que hable palabras extrañas sino claras, y exactas como por ejemplo ¡dónde diablos guarda sus llaves! …

-Wewe se río por la forma cómica que lo dijo su amigo.

Al ver que había conseguido arrancarle una profunda risa a su amiga le contó su encuentro con Naranjito.

-Apareció ayer por la tarde por mi casa con un par de amigos suyos, diciéndome que algún día me iba a dar una tunda. Entonces me acerqué a él y calladamente, le pregunté qué quería decir con ¨tunda¨. Y le dije al oído tunda, tunda, tunda. ¿Sabes acaso qué significa? Pensé que si me decía el significado real le aplaudiría, de veras. Pero al ver que empezaba a titubear, y que sus amigos parecían no saber tampoco lo que significa, me dije, ésta és la mía. Me di media vuelta, y haciendo un ademán con las manos le grité ´tunda¨, dí otra media vuelta en sentido contrario y con el mismo gesto grité ¨tunda¨, me miraban todos como si me hubiese vuelto loco, luego para rematar, me quedé quieto un momento para decir ¨tunda¨ es una mujer que viene del país de los ´Tundios¨. Estaba furioso, realmente furioso, y me dijo:

-Pues te daré una paliza que te vas a enterar. Y entonces me acerqué a él y le dije:

-¿Cómo piensas darme una paliza, si no sabes lo quiere decir tunda¨.¿ Y sabes por qué no lo sabes? Porque no lees.

-¿Y qué hizo?-preguntó Wewe, mientras se secaba las lágrimas de la risa.

-Nada, se fue sin decir ni una palabra, igual que sus amigos. Debieron quedarse demasiado impresionados. O tal vez pensaron que era cierto en parte lo que les dije; y es que la gente aquí no lee. ¿Has visto a alguien leer en este pueblo? ¿Una sola persona, con un libro en la mano, aunque solo fuera paseándolo?

-Pues ahora que lo dices, no. Cundo la gente está preocupada por cómo llenar el estómago no creo que piense en otra cosa que no sea en eso.

-Dios ha dado a los Bubis una tierra rica, el campo le da sus frutos sin apenas esforzarse, el río, el mar, los árboles…y así le sobra un montón de tiempo libre que si lo utilizara para otras cosas que no fuera sólo procrear, avanzaríamos más. Y por eso me molesta mucho lo de tu tío porque habla un castellano bueno, ilustre, cuando lo habla. Me he encontrado con él en algunas ocasiones hablando con los blancos, o con algunos de sus amigos venidos de fuera, y ciertamente, me he sentido orgulloso de él…También en las reuniones que tenía en las juntas del pueblo, cuando era Botucu, de vez en cuando soltaba algunas frases en español que la gente se quedaba callada y cuchicheando de su gran saber. Algunos decían de él que leía mucho y que por eso sabía tanto, pero en verdad nunca le vi leer. Y sin embargo fíjate en lo que se ha convertido…

-Estás como demasiado desanimado de estar aquí, ¿verdad?

-Sí…Tengo ganas de hacer muchas cosas, pero tampoco quiero irme de aquí, quiero cambiar algunas cosas, muchas

cosas que no me gustan…

-Eso es un imposible, creo que te harás el mejor bien empeñándote en estudiar.

Wewe se había levantado para irse. Era casi la una y tenía hambre. No sabía qué habría en casa para comer, tal vez le tocaría a ella cocinar, prometió a su amigo que iría con ellos al río la próxima vez, pues a ella le gustaba mucho saltar desde las grandes piedras de Río Grande hasta el agua, a veces hacían apuestas entre ellos y era siempre muy divertido.

Le sorprendió encontrar a sus tíos en casa, o más bien en la cocina.

-8-

Su tío estaba sacando malanga de la hoya mientras charlaba animadamente con su tía. Le sonrieron al verla entrar.

-Wewe-se dirigió a ella su tía- hemos hervido malanga, luego limpia y fríe esos pescados frescos que acabamos de traer, están ahí-le indicó con el dedo el sitio- nosotros nos tenemos que ir porque a Agapito Opetele el hijo de Lucía e Irineo,

ha tenido un Espíritu en la cabeza, y se supone que como familiares debemos estar…

Su tío iba a decir algo más pero se calló y salió de la cocina. Su tía por su parte volvió a retomar la conversación.

-No se quiere ir porque no se lleva bien con Agapito, siempre han tenido unas grandes diferencias en casi todos los temas, pero vamos, tenemos que ir, pues nos están esperando. Ya sabes que los Espíritus siempre traen algunos mensajes, o sea es importante que estemos.

Wewe no se podía creer que la oportunidad que estaba esperando le viniese tan de repente, pues se suponía que su tío se cambiaría de pantalones. Cogió la bolsa de los pescados, un barreño y agua de un cubo y se puso a limpiarlos. Su tío entró en la casa a coger algo que ella no sabía bien qué era, su tía se metió en el baño para lavarse los pies tal vez, pero al cabo de un rato estaban los dos despidiéndose de ella. Y su alegría aumentó cuando vio que éste se había puesto unos pantalones nuevos. Se despidió de ellos con una sonrisa de oreja a oreja. En cuanto les vio alejarse, dejó los pescados ya limpios en el mismo barreño y corrió a esconderlos en la cocina, para que a

ningún gato hambriento se le ocurriera zamparlos, y con la misma rapidez entró en casa subiendo los escalones en dos zancadas y directamente se metió en la habitación de sus tíos, miró por todos los lados y no estaban los pantalones, se agachó y miró debajo de la cama por si acaso y tampoco estaban. Abrió la puerta de la habitación de sus primos, entró y miró con escaso interés, sabiendo de antemano que era poco probable que estuvieran ahí los pantalones. Tropezó con uno de los juguetes de sus primos que consistía en una lata vacía de sardinas, y a modo de ruedas unas dos o tres tapas de botellas vacías unidas por un alambre, y una larga cuerda para el arrastre, y sonrió pensando en lo ingeniosos que eran sus sobrinos. Se agacho y miró debajo de las camas, en una de ellas vio una bolsa grande que se encontraba en el fondo de la pared, pensó que ahí podía estar lo que estaba buscando, estiró el brazo para coger la bolsa pero no conseguía llegar a ella, necesitaba algo para que le sirviera de gancho. Salió de la casa, entró en la cocina buscando algún palo, no había, pensó en algún machete y buscó uno en el rincón que se encontraba entre la puerta de la cocina y el lugar donde se guardaba la leña. Había varios machetes pero eran cortos, no le servían, pero encontró al fin un trozo de palo fino que sí le venía bien. Corrió hacia la habitación y se dispuso a tirar del bolso, que consiguió sacar con facilidad, la abrió y toda su ilusión se desvaneció al comprobar que allí sólo había más de lo mismo: latas vacías, tapas de botellas de todas las marcas, algunas pintadas que junto con los alambres constituían todo un arsenal para el ingenio de sus primos. Desanimada, volvió a dejar la bolsa en su sitio, el palo en su sitio, y volvió al cuarto de sus tíos. Se quedó de pie pensando. Si no tenía su tío los pantalones puestos, las llaves podían estar en cualquier

parte. Entonces empezó a buscar las llaves en los bolsillos de los pantalones de su tío y en toda prenda que tuviese por costura unos bolsillos, miró en los cajones, levantó papeles, y por fin al levantar unos papeles como anotaciones que ni siquiera leyó pero que le recordaron la letra de su tío, encontró unas llaves y se apresuró a comprobar su utilidad.

-9-

Con las manos temblorosas intentaba meter una de las llaves que no entraba, ahora la otra, que tampoco entraba, y ahora con la última; estaba tan concentrada que no escuchó los pasos que al principio fueron rápidos, pero que ahora pisaban las baldosas con la suavidad de quien no quiere hacer el mínimo ruido para no ser descubierto, La llave entraba perfectamente, pero ahora una vez dentro de la cerradura, se resistía a girar. ¡Gira por favor! ¡Gira!- Decía mientras una y otra vez con nerviosismo lo intentaba.

-¿Se puede saber qué estás haciendo? -Wewe tembló del susto y miró hacia donde salía la voz. Sabía que era su prima y se sintió un poco aliviada, pero se hizo la enfadada.

-¿Qué pasa? ¿Por qué me has asustado? ¿Eh? ¿Qué crees tú que estoy haciendo? ¿Robar? ¿Me ves robando algo? ¿Crees que me gusta lo que estoy haciendo? ¿No sabes que lo único, lo único que me importa és el interés de mi familia? Y entras sigilosamente, con una oscura intención: Darme un susto de muerte. Bisila, me sorprende esa manera tuya estúpida de ser…

-Eh, eh. No te pases Wewe. No te pases ni un pelo conmigo. ¡Y no me vengas con esas ínfulas!

Esa palabra la dejó seca: ¨ínfulas¨ juraría que era la primera vez que la escuchaba, y contribuía al aumento de su admiración por su prima, si ella misma supiera su valía, no estaría perdiendo el tiempo en cosas que Wewe sabía bien que no la llevaban a ninguna parte.

-¿No te has enterado todavía que jamás encontrarás las llaves? Su paradero es todavía un misterio para mí, y todo lo que estás haciendo también lo he hecho yo…

-¿Qué? ¿Has intentado tú también averiguar…? - Wewe estaba con la frente fruncida los ojos abiertos como platos, presa de su propia sorpresa, mirando a su prima.

-No soy tan tonta como me creéis, ni tan pasota. Me preocupan muchas otras cosas más, no solo los chicos, me preocupa mi familia. Pero te aseguro que las llaves no están en esta casa.

-¿Y sus pantalones? Tampoco aparecen por ningún lado.

-Están tendidos sobre las hierbas de ahí atrás. Su prima se levantó para enseñarle el lugar exacto donde se encontraban los pantalones.

-¿Y todos esos pequeños shorts? ¿También se los pone?

-Cuando va a trepar las palmeras, sí. Pero no me preguntes por qué.

Aquélla tarde, Wewe se acostó temprano, sabiendo que el día ya no iba a dar más de sí, y con la esperanza de que la noche fuera tranquila y el día siguiente fuera mejor.

La noche fue en verdad tranquila, por eso cuando sintió ruido por la casa se levantó enseguida, y mirando por el agujero que había en la puerta, vio que su tía hablaba a su tío, puso el oído para escuchar mejor pero no pudo escuchar nada, sólo vio que su tío se iba y su tía se volvía a meter en la habitación. No tenía pintas de que se fuera a alguna parte, y Wewe pensó que aprovecharía la mañana al menos para charlar con ella. Se fue

al baño y se duchó rápido, se metió en su cuarto para vestirse y entonces le habló su tía desde su habitación, iba a salir a hacer unas compras en la tienda del pueblo. Wewe se ofreció a acompañarla pero ésta no quiso, por lo tanto, lavó la ropa suya que tenía remojada en un barreño, limpió la cocina y llenó el Bandá, una especie de alacena para la leña. En esos momentos se despertaron sus primos y cada uno intentaba hacer su rutina. Su prima se duchó desayunó, o más bien almorzó por la hora que era, y se fue, y Wewe aprovechó esta ausencia para ordenar su cuarto. No sabe cuánto tiempo estuvo entre arreglar cajones, releer cartas, mirar fotos, cuando escuchó que venía gente hacía su casa corriendo, y casi a continuación oía el grito desesperado de su tía.

Lo dejó todo y salió a la calle para saber qué pasaba: Su tío se había caído de una de sus palmeras. Su tía estaba de pie con su cuñada, la hermana de su tío, ambas bañadas en lágrimas, pero ésta estaba cabreada, incluso furiosa.

-Esta mañana se lo he vuelto a repetir. El Espíritu de Agapito se lo dijo a todos los que tienen palmeras, les advirtió que no era un buen día para trepar ¿y sabes por qué no hizo caso? Porque no se lleva bien con Opetele, como si una cosa tuviese que ver con la otra. Él es el que más sabe, no se le puede decir nada porque sabe mucho. Para qué sirve saber tanto, si uno no sabe ni protegerse...-Repetía una y otra vez. Su cuñada le dijo que llevara ropa limpia, una muda completa porque le iban a trasladar al hospital.

-Lo que no entiendo, es qué diablos hace en tu casa, es mi marido y ésta es su casa, aquí debería estar.-Dijo su tía mientras bajaba las escaleras de la casa llevándose en una bolsa lo que se suponía que era la muda.

-También es mi hermano, y te he explicado que le han traído a mi casa porque estaba más cerca de una de sus palmeras, y que todavía no se sabe bien cuál es la gravedad del accidente, por lo tanto Felisa, haz el favor de calmarte y no me enfades.

Salieron de casa caminando todo lo rápido que podían y respondiendo a algunas preguntas de gente que quería saber lo que estaba pasando, y los que ya lo sabían se limitaban a decir que esperaban que no fuera grave. Algunos incluso les acompañaban. Llegaron a la casa y ya estaba llena de gente,

su tío parecía inconsciente echado en una cama, con las piernas estiradas, y el brazo atado. Supuso Wewe que el médico del pueblo se lo habría atado, pues estaba allí con su bata blanca y mirando al herido con aire un tanto aburrido.

-¡Vamos! Si tenéis que cambiarle, hacedlo ya que ya tenemos fuera el coche esperando. El que hablaba y muy nervioso, era el hermano, y tras examinarle el médico del pueblo habían comprobado que tenía el brazo dañado, aunque a Wewe le preocupaba que su tío estuviese inconsciente. Su hermana le quitó los pantalones y tras mirar a Wewe y preguntarla que qué hacía allí se los tiró sin apenas esperar respuesta, está cogió los pantalones, los dobló y los sostuvo bajo su brazo mientras siguió sacando los shorts, uno, dos,.. ¡Jesús! ¿Cuántos pantalones lleva? ¿Para qué tantos? Se quejaba la hermana mientras los sacaba.

-Déjame a mí quitárselos, es mi marido-Felisa continuó quitando los pantaloncillos a su marido, mientras su cuñada seguía con el recuento.

-Y tres, y cuatro, y cinco ¡Jesús! ¿Para qué tantos?

-Que se quede con éstos.

No le quitó el sexto short porque ella sabía muy bien cuantos llevaba su marido, y tras coger el pantalón limpio que traía en la bolsa le contestó a su cuñada que no había parado de quejarse de la cantidad que eran y de lo cruel que suponía ¨obligarle¨ a alguien a pasar por todo aquello con el calor que hacía.

-Que sepas que no le obligo a nada, sólo le aconsejo ponérselo cuando va a trepar para prevenirle de algún daño en el culo

por si se caía.

-¡Anda! Y lo dices así tan pancha, como habrás visto de nada ha servido, ha pasado mucho calor en el trasero para caerse de costado al final. Se le ha roto el brazo, no su culo, ni sus partes…que parecen preocuparte más.

El hermano de Juan entró en la habitación y ordenó salir a las mujeres, se habían juntado al menos siete, y dijo que entre los hombres le llevarían hasta la camioneta que tenían esperando para trasladarle hasta la ciudad, y fue en ese momento cuando se dio cuenta Wewe de que tenía ella los pantalones,

-11-

y aprovechando la pequeña dispersión de las mujeres salió por la puerta de atrás, y una vez sola y en la calle se puso a correr hacia la casa de sus tíos.

Naranjito que en esos momentos se encontraba en la plaza con sus amigos la vio pasar como un rayo a su lado, y como se había enterado de la caída del tío de Wewe pensó en lo peor y también corrió hacia la casa de Bolebó para darle conocimiento de la situación.

El coche circulaba con trompicones por los baches y las piedras que había en las calles del pueblo. Y a cada giro los viajeros también lo notaban y se meneaban, primero en un sentido y luego en otro, y con esos meneos se despertó por fin Juan de su inconsciencia, vio a su mujer, a su hermano, a una amiga de éstos, y a su primo, y se dio cuenta de lo que le había sucedido, fijándose, acto seguido en sus pantalones.

-¿Dónde están mis pantalones?- Preguntó mirando a su mujer.

-Pues, la verdad es que no lo sé. Contestó ésta un poco sorprendida por la pregunta.

-¿Qué no lo sabes? ¿Quién me los quitó? –Preguntó Juan con rabia y furia a la vez.

-Te los quité yo. ¿Y no deberías estar preocupado por tu brazo, en vez de estarlo por unos pantalones sucios y raídos? -Dijo su hermana mirando hacia otro lado.

-¿Dónde están?

-Se los di a alguien, ahora no me acuerdo bien a quién fue, espera.-Y estuvo un rato cavilando- Ah ya sé, se los di a tu

sobrina Wewe.

-¡No! ¡No! ¡Quiero mis pantalones! ¡Quiero mis pantalones!

-Vete tú a buscarlos, Felisa, que es tu marido. Si no nos encuentras podrás venir con el coche de los de Agapito que también se vienen con nosotros.

Ante la puerta estaba Wewe metiendo con nerviosismo las manos en los bolsillos del pantalón para coger la llaves, la metió y abrió, entró despacio y mirando por todos los lados. No había nada. Solo una estantería, una silla, otra pequeña para descansar los pies. En la estantería solo estaba la Biblia y un Diccionario, un enorme diccionario, una lámpara de las de queroseno, y nada más. No había en aquélla habitación nada más.

Wewe se echó a reír y a hablar sola.¨ Esto es lo que hay. Me alegro mucho tío Juan. ¡Me alegro mucho!¨.

Cogió la Biblia y la abrió, había muchas anotaciones de todo, de palabras, de frases enteras, se sentó en el suelo para leerlas mejor. Escuchó el sonido de alguien que venía corriendo, subía las escalinatas y entraba en la casa llamándola.

-Estoy aquí ¨Bole¨.- Dijo con una voz suave, tranquila incluso feliz, para su amigo que la conoce y sabía que abreviaba su nombre cuando estaba contenta.

Entró Bolebó y también se fijó en la estancia.

-¿NADA?

-¡NADA!

-Entonces me alegro. Me alegro y mucho.

Cogió el diccionario y se sentó al lado de su amiga.

Los dos se quedaron callados mirando los respectivos libros. El diccionario también tenía muchas palabras subrayadas y varias anotaciones, al cabo de un rato los intercambiaron, y siguieron mirándolos con mucho interés. No escucharon que alguien se les acercaba, ni oyeron siquiera los pasos, ni vieron cómo la persona recogía los pantalones que sin cuidado Wewe había tirado minutos antes. Ni vieron a la persona reclinarse en el umbral de la puerta, mirándoles. Cada uno estaba interesado en lo que leía.

-12-

-Ahora ya lo sabéis todo. Ya sabéis la verdad. –Dijo la voz, interrumpiendo la tranquilidad de los dos amigos, aunque no asustándoles.

-Y tú lo sabías, tía, y no dijiste nunca nada.

-Para qué! Tu tío no hacía daño a nadie, es una de sus pasiones ponerse aquí sentarse y leer, así es que yo intentaba facilitarle siempre las cosas. Ahora bien el por qué lo hacía en secreto, no lo sé...

-Yo sí lo sé, para seguir teniendo un cierto poder sobre los demás, porque sabe que nadie lo hace. Por eso en las reuniones vecinales de vez en cuando soltaba alguna que otra palabra que más tarde daba pie a todo tipo de comentarios. Todos buenos y halagadores.

-Creo que tienes razón. De cualquier manera es una de sus pasiones, y hay que permitírselo porque es buena. Ahora me voy, que me están esperando. Cuando salgas Wewe, cierra la puerta y déjalo como estaba. Aquí no ha pasado nada.

-Mira Bolebó, he encontrado tu palabra.: Tunda, paliza, zurra.

-El otro día le vi a Naranjito ojeando un libro, creo que ya descubrió la broma. Y si sigue así acabará sabiendo más que yo.

-Y dijiste que en este pueblo nadie leía.

-Me alegra que sea así, y que no sean dos personas, sino muchas, y que no sea a escondidas.

-Algo es algo. Pero si no te espabilas e intentas aprobar las

que te quedan, Naranjito acabará devolviéndote la pelota. Entonces si te dará una buena tunda…de palabras.

Se rieron con ganas, y al final dijo Wewe: No vas a permitir que eso suceda, espero.-¡Claro que no!

Melibea Obono

Trifonia Melibea Obono Ntutumu Obono nace el 27 de noviembre de 1982 en Evinayong –provincia de Centro Sur- Guinea Ecuatorial.

Licenciada en ciencias políticas y de la administración, periodismo y máster en cooperación internacional y desarrollo (Universidad de Murcia, España).

Actualmente trabaja de profesora en la universidad Nacional de Guinea Ecuatorial y colabora con varios medios de comunicación nacionales.

La escritura para Melibea es una forma de encontrase a sí misma y títulos de obras como "Nosotras la Herencia fang de papá", "Con vuestro Permiso Virgen María " y "Bastarda" pendientes de publicación tienen como fondo reivindicaciones de igualdad de Género entre hombres y mujeres.

En revistas como la Gaceta de Guinea Ecuatorial disponible en la red, Ekos del Golfo y otras donde Melibea ha publicado varios artículos así como en ASODEGUE y Tiempos Canallas.org; el objetivo ha sido generalmente la reivindicación de esta igualdad de género que tanto necesita el estado guineano por el bien del desarrollo de su sociedad.

La mujer guineana tiene pendiente intensificar la lucha para conseguir la igualdad de género. Cada una en su

ámbito: la literatura, las asociaciones, la maternidad, los partidos políticos, las aldeas... No lo tiene fácil.

Obra Publicada

"La negra", Mey 2015

La negra

Una chica ecuatoguineana de veintiséis años llega a España muy ilusionada para estudiar. Pero se encuentra con un dilema: tiene que estudiar y prostituirse,obligada por la persona que tramitó el viaje: su hermana. La joven tiene que enfrentarse a su autoritaria hermana, y a la racista sociedad española que la contempla como prostituta por ser negra.

Las impresionantes luces del aeropuerto de Barajas me comunicaron que sí, que seguramente había llegado al paraíso, a España. Minutos después el avión aterrizó. Pero antes, una voz dulzona, mezclada de sensualidad, feminidad y muchos años de estudios y experiencia, comunicó a los pasajeros que aseguraran los cinturones para evitar accidentes, debido a los movimientos que produciría el avión en el momento de tomar tierra: la tierra del paraíso. Yo obedecí, sentada al lado de Donato, un muchacho pelirrojo, que transcurrió las seis horas de vuelo informándome de la vida en la Península, la vida de una persona inmigrante.

-España es un país acogedor -aseguró inflando la nariz y disfrazado de pijo-, muy desarrollado –cosa entendible si pertenece a la Unión Europea, resaltó moviendo las cejas - y multicultural. Aquí convivimos los catalanes, gallegos, valencianos, vascos, castellanos…

-Así que no tendré problemas, pregunté con cara de cansada, ya que para mí, era la primera vez que tomaba un avión y me

refugiaba en él durante más de una hora. Además, vomité varias veces por el miedo a las alturas que padecía desde pequeña.
-¡Problemas!, ninguno, resaltó el español sonriente y acariciándome el hombro mientras caminábamos en la pista. Ya verás que lo pasarás bien.
¿Pasarlo bien? No. Los conflictos comenzaron cuando tras abandonar la sofisticada pista de aterrizaje, tropecé con una singular fila de agentes de seguridad. La primera frase que escuché de uno de ellos decía:
-¡Papeles, por favor!
-¿Cómo dices?, pronuncié asustada.
Asustada porque las personas vestidas de autoridad me producían escalofríos. En mi país, Guinea Ecuatorial, siempre se las traen los agentes del estado siempre se las traen, de todas formas.
-Quiero decir, su pasaporte, corrigió el policía.
-Ah, susurré entre dientes.
Extraje de mi bolso blanco el pasaporte que tanto me costó conseguir en la Jefatura de Policía de mi patria. Los funcionarios me lo concedieron después de varios sobornos a los funcionarios. Se lo entregué sin mirarle a los ojos y disfrutando del apoyo de Donato.
-No te preocupes, se trata de un procedimiento normal, me tranquilizó el pijo.
-No quiero regresar ahora a mi país, le susurré al oído.
-Esto no va a ocurrir. Y por cierto, ¿Por qué no?
-Porque vengo a estudiar.
-¿No puedes estudiar en tu país?

-No. No porque no tenemos una universidad decente. Quiero ser una profesional cualificada porque me gustaría, en el futuro, ser una mujer independiente.

Mientras dialogábamos, soportando el fuerte viento provocado por el vaivén de los aviones, el agente introducía una y otra vez mi pasaporte en un modernizado ordenador y cuchicheaba con el resto de compañeras, al tiempo que se explicaba en voz baja.

-El pasaporte de esta *negra* no me convence. Está falsificado.

-Lo más destacado de esta *negra* no es tanto su documentación, sino su culo, insinuó otro agente de estatura destacada, frente a sus colegas. ¡Parece una manzana bien madurita!

Los tres me observaron, de píe a varios metros y se echaron a reír, mientras Donato, avergonzado, adormecía la mirada y criticaba el deshonrado comportamiento de los funcionarios sin protestar.

El policía que manipulaba mi pasaporte era el único que se encontraba sentado. Sus compañeros le propusieron que me llamara. Lo hizo.

-Buenos días, señora, pronunciaron todos a la vez. Lo que me asustó.

-¿He cometido algún delito?, cuestioné temerosa. Lo digo porque todos los pasajeros se han marchado y…

-No, usted no ha cometido ningún delito, los funcionarios de su país, sí, contestó el más alto, apoyado en la pared y acariciándose el mentón. Hemos descubierto vicios de forma en su documentación.

Me condujeron a una amplia sala, ¡sólo a mí! Temblaba como si me hubiesen comunicado la muerte de un familiar. Los agentes se trasladaron a un despacho contiguo y se olvidaron

de cerrar la puerta para asegurarse de que sus comentarios no trascenderían las cuatro paredes.
-Este país se está llenando de negros, sonó una voz. Dentro de poco la patria se compondrá de gente de piel oscura rondando todas las calles. ¡Dios no lo quiera!
-Algo así como los Estados Unidos, resaltó una persona distinta. La única diferencia es que no llegan católicos, sino musulmanes. Vamos, negros y musulmanes, ¡menudo panorama!
-Lo mejor de todo es que las negras que viajan a nuestro país ofrecen un servicio social muy importante, recalcó la voz anterior.
-¿Qué servicio?, preguntó alguien
Se echaron a reír a carcajadas y a aplaudir
-Son putas, todas lo son.
Uno de los tres preguntó por mi país de origen.
-Guinea Ecuatorial, pronunció el agente que sostenía mi documentación y dijo: un país asiático seguramente.
-Las asiáticas son muy fogosas.
No creo que fuera asiática, indicó uno de los agentes. Tiene cara de africana. Las mujeres africanas lucen rostros de mala vida. Han pasado toda la infancia metidas en la selva y andan mal nutridas.
-¡Huyuyuiyyyyyyyyyyyyyy!, pronunciaron dubitativos y dijo uno:
-Si es africana, yo me hago el inocente. Una negra africana puta no pasa por mí. Estas roban y roban. Lo mejor es tirártelas en un coche en una acera cualquiera No las llevéis a vuestras casas que las vacían. Sufrí una experiencia parecida una vez y…

-A mí sí me gustan las negras, indicó uno de ellos. Pero, sólo en casos excepcionales. Como prostitutas no están nada mal. No me veo paseando en la calle con una negra como novia o esposa. ¡O es que los hombre no vamos de putas para probar cosas nuevas! Son exóticas y…, bueno... Ah, cuentan que a los clientes les hacen vivir emociones fuertes.
Por la sala que me condujeron entró un hombre mayor, canoso y de considerable calvo. Sonrió al verme. Preguntó qué hacía yo allí y, continuó.
-¿Tienes problemas con la documentación, verdad?
-Sí, contesté con los nervios de punta.
Entró en la sala que acogía a los policías y tampoco cerró la puerta. Inmediatamente, cesaron los comentarios fuera de lo profesional. Di por sentado, después de observar las estrellas que brillaban en el pecho del recién llegado y la edad que tenía, que era un agente de rango superior. Le informaron de los fallos que padecía el pasaporte y éste les regañó.
-Solo deben fijarse en el sello, si es original o no, si pertenece al ministerio de seguridad del país de origen o no. Quiero decir, la mayoría de los inmigrantes de piel oscura proceden de países corruptos.
-¿Entonces la dejamos ir?
-Sólo si comprobáis la originalidad de todo lo que he insinuado. Por cierto, ¿de dónde procede la negra esa?
-La negra procede de Guinea Ecuatorial.
Después de un silencio, uno de los agentes se interesó por la situación geográfica de mi país.
-No sabría determinarlo, contestó el superior. Lo único que sé y con certeza, es que el estado que ahora se llama así, fue colonia española: se llamaba, Guinea Española.
Una voz joven reconoció una evidencia:

-Ahora entiendo por qué esta negra se expresa en castellano con perfección. Tiene un acento distinto, no español ni latinoamericano, ni si quiera saharaui. Es..., un castellano distintivo.
-Pues sí, un castellano ecuatoguineano, sentenció el jefe.
Me comunicaron que sí, que podía abandonar la improvisada encerrona, pero no para marcharme a casa, sino a otra fila.
El aeropuerto de Barajas me pareció extraordinariamente grande. Incluso me perdí varias veces porque sabía leer, pero no desenvolverme en espacios enormes y muy organizados. Los aeropuertos de mi país, los de Malabo y Bata, los únicos que entonces existían, disfrutaban de una extensión diminuta, muy reducida. Nadie podía perderse en su interior aunque residiera en la selva durante toda su vida. Sin embargo, en Barajas, me sentía como un pez, que tras residir toda la vida en un río, es cambiado de habitad y trasladado a la tierra. Tuve mucha suerte. Si. Mucha, porque sabía comunicarme en castellano y los viandantes, muy gentiles, me indicaban las direcciones. Hasta que llegué a la cola indicada y encontré a un Donato arto de esperarme, de pie. Cuando me vio, saltó, y me abrazó.
-¿Qué hace este señorito?, murmuré en mis adentros soportando que sujetara mi cuello con firmeza, sin permitir que respirara con normalidad.
En mi país, solo los amantes, cuando realizan el acto sexual, se abrazan, aunque a la vista de todos, se comportan como extraños: se ignoran, incluso. Había llegado a un país en el que las personas expresaban abiertamente las emociones y los sentimientos.

Donato estaba interesado en el trato que recibí de los policías y necesitaba saber más. No se lo conté con detalles y le dije simplemente.

-Está todo bien.

-Gracias a Dios, resaltó y me sugirió que tomáramos la cola de la fila para abandonar en seguida el aeropuerto.

Inmediatamente, recibí la llamada de mi padre desde Guinea.

-Gracias a Dios que has llegado bien, hija, agradeció afligido. España es tu país porque eres la nieta de un emancipado. Guinea nunca debió independizarse de la Península Ibérica.

-Gracias papá, pero voy a colgar porque me encuentro en una fila y…

-Tu hermana hizo bien en enviarte un teléfono móvil con contrato de una empresa telefónica española. De lo contrario, ahora no hablaría contigo.

-Sí, papá, gracias, pero…

-¿Ya la has visto?, a tu hermana, digo.

-No. Supongo que ella me espera en las afueras del aeropuerto. Los familiares no entran al lugar en el que me encuentro ahora.

-Bueno, he hablado con ella y no te preocupes, te espera. Ya se encuentra en Barajas.

-Entonces, mejor que…

Así era mi padre: insistente y convencido de que siempre llevaba la razón. Podía pasar horas aconsejando y sin escuchar.

-Recuerda todo lo que te dije antes de salir de aquí: no prostituyas ni te conviertas en una tortillera.

-Si padre, pero te llamaré luego y hablaremos todo lo que…

-El otro día vi en la tele a dos hombres besándose. Estas atrocidades no sucedían cuando vivía el caudillo, Francisco

Franco. Estoy preocupada por ti, porque viajas a España precisamente ahora, cuando se ha convertido en un país de degenerados y maleantes. ¡Dos hombres besándose, hija, que maldición! Estoy segura de que te he educado muy bien y no caerás en desgracia. Prométemelo hija.
-Claro, papá, te lo prometo y…, nunca caeré en…, en… ¿cómo lo has llamado?
-¡Si ya empiezas a olvidarte tan pronto, muy mal empezamos!
-No me olvido, si no que estoy un poco nerviosa. Te llamo luego.
-Hija, pero…, cuídate mucho.
-Te llamo luego.
Colgué el teléfono porque mi padre habría permanecido en el móvil durante decenas de minutos aconsejándome. Después de varias presentaciones de mi documento personal, y de haber obedecido todo lo que me mandaron hacer, me llamó la atención que mi maleta, lejos de descargarla como hacían los policías de mi país y visto todo lo que contenía, la colocaban sobre una maquina y ésta indicaba si dentro, contenía un objeto dañino. Y no sólo eso. Donato me susurró al oído que los agentes de seguridad, buscaban sobre todo, bombas de mi bolso.
-¿Bombas? ¡Si yo no traslado bombas!
-Pero, nunca se sabe, aseguró aconsejándome que avanzara en la cola.
En la parte de atrás de la hilera, tres hombres cargados de pesadas maletas, me observaban constantemente y se reían. Uno de ellos, me guiñaba el ojo, introducía y sacaba el dedo corazón de la boca, y sonría. Aparté la mirada y no podía dejar de pensar en el gesto. ¿Qué querrá decirme con esto?,

me preguntaba dentro de mí. Donato me informó qué significaba:
-¿Te está incitando a follar con él?
-¡Si no me conoce!, destaqué.
-Claro que no, resaltó levantando los hombros. Pero tú eres una chica negra. Este es el problema, tu color.
Tras abandonar la incitación sexual, el señor se acercó a mí y me pidió que le acompañara, quería hablar conmigo. Donato le sugirió que no me molestara. Lo cual, le enfadó.
¿Qué le ocurre? ¿Es tu chulo?, me preguntó apuntalándole el dedo en la frente a Donato.
-Cuidado con tus insinuaciones, amenazó Donato. Y no me toques. ¡Viejo verde!, insultó rechazando con el brazo la señalización de su dedo.
Pero el señor continuó, ofendiéndole, y desatendiendo la presencia policial. Entendía que la intervención de mi compañero de viaje, se debía a intereses sexuales, no amicales. "Qué haces al lado de una negrita. Además, "protegiéndola", preguntaba con insistencia y levantando la voz. "¿La llevas a un prostíbulo y te han pagado previamente?", prosiguió. Harto de no recibir respuestas, el hombre se marchó.
Quince minutos después, los dos abandonamos el aeropuerto y nos quedamos de pie en las afueras de una cafetería. El otoño se estaba asentando en la península y para una persona acostumbrada al calor como yo, procedente del ecuador africano, el frío penetraba en mis huesos y no podía evitarlo, protegida sólo de una falda muy corta que dejaba al descubierto mis largas piernas. En mi vida había sentido tanto frío. En la puerta de salida del aeropuerto, abrí la maleta y me puse una ropa más protectora, adecuada al tiempo.

Donato se marchó tras tomar mi dirección y la de mi hermana, que por cierto no encontraba en ningún lado. Se despidió de mí con un cariñoso abrazo y un "te llamaré cuando pueda". Y añadió.

-Soy de Murcia y en seguida tomaré el autobús. Si al menos supieses a qué ciudad vas…

-No lo sé, le comuniqué desesperada y abrochando mi pantalón vaquero. Mi hermana vive en España, es lo único que te puede decir. Nunca olvidaré al apoyo que me has prestado esta mañana. Yo también apunté su dirección y prometí que le llamaría.

A la que sí llamé en seguida fue mi hermana, Ana. En casa la llamábamos, Anita, porque siempre tuvo cara de niña, a pesar de que cumplía años como el resto de los mortales. Aun así, su físico, delgado y fino, no aparentaba los treinta y cinco lustros que una semana atrás cumplió, al menos no se notaba en las fotos que nos enviaba y que mi padre colgaba en el salón para que todo el vecindario las contemplara. Mi padre nos obligó a todos, mis cinco hermanos, mi madre y yo, a celebrar el acontecimiento en casa, con eso de que "su hija vive en España y le envía vehículos, neveras, ropa usada"…, se consideraba un hombre rico: un hombre con una hija en España. Anita no contestaba al teléfono tras marcarle varias veces. Me harté y cinco minutos después, me devolvió la llamada.

-No puedo venir por ti, aseguró tras saludarme muy contenta. Hermanita, bienvenida a España.

-¿Qué hago entonces?, sácame de aquí, supliqué.

-Claro que te saco de allí. He enviado a un amigo para que te traiga a casa. Se llama Omar. Acaba de asegurarme que te ha encontrado.

-¡Si no he visto a nadie!, dije.
A partir de entonces le vi a Omar. Estaba en frente de mí y Anita cortó la llamada. Descubrí que me dejó colgada porque quise comunicárselo y me quedé diciendo con el celular pegado a la oreja cosas como:
-Hermana, ¿estás allí? Bueno, bueno…
Omar, el enviado especial, un hombre alto que llevaba una bolsa de color negro, sonreía con sinceridad sin conocerme. Tomó mi maleta y dijo entrando al bar más cercano, "siéntate un rato para tomar algo". Me fui detrás de él para saludarle y reconoció que había pasado por alto este destacado detalle. Tomamos el asiento en el interior de la cafetería. El muchacho empezó la conversación con un intenso interrogatorio.
-¿Musulmana o Cristiana?
-Voy a tomar una fanta de naranja, le contesté. Tengo la garganta seca.
-¿No vas a comer nada?, cuestionó manteniendo la sonrisa.
Traía entre dientes un palito. Lo masticaba con mucha cautela, sin impedir que los viandantes le descubrieran. En los países africanos, a pesar de la llegada del cepillo, muchas personas conservadoras, se resisten a aprovechar la utilidad que tiene la brocha de dientes y recurren a los utensilios primitivos para blanquear los dientes. Omar además, no solicitó bebida ni aperitivo en la cafetería. La bolsa negro que llevaba consigo contenía frescas magdalenas, pero apiñadas por que posiblemente, las guardó en un lugar muy incómodo. Las colocó sobre la mesa y le pidió un plato al camarero. Este le prohibió ingerir alimentos extraños del local. Lo mando a hacer puñetas acusándole de racista y me dijo.

-Los blancos son malos. No respetan nuestras cosas. Nuestras costumbres. Ya lo verás durante toda tu estancia aquí… ¿A qué has venido?
-A estudiar, contesté.
-Se rió bastante.
-¿A estudiar viviendo con tu hermana?
-Claro. ¿De qué te ríes?
-De nada, pronunció y continuó.
Denunciaba que los blancos no le respetaban como musulmán. Y esto no fue todo. Siguió tomando las magdalenas, observado por todos los jubilados concentrados en la cafetería y destacó que llevaba encima la comida porque en todos los bares, los alimentos contenían cerdo, que no comprendía a los españoles, nada miedosos con el infierno: el infierno que aguardaba a las personas que desobedecían los principios del Corán. Regresó a la pregunta anterior relacionada con mi religiosidad, es decir, cristiana o musulmana. Pero, Omar no carecía de inteligencia. Formuló la cuestión de otra manera. Se interesó por la religión que confesaban mis progenitores.
Le comuniqué que mi madre era católica, y mi padre, un brujo convencido. Entonces regresó a mí cuando descubrió que no profesaba ninguna religión.
-Al menos hay que creer en algo, aseguró consumiendo las magdalenas. Tienes un culo bonito, gracias a Dios.
-Si no creo en Dios, prevengo muchos problemas, le dije mirándole a los ojos. Él hacía lo mismo.
-¿Qué problemas?
-Por ejemplo, llevar contigo magdalenas para no tomar cerdo. Tu vida sería más sencilla si no tuvieses prohibido tomar cerdo. ¿No crees?

Omar me comunicó que cinco extensas horas me esperaban adelante: el tiempo que tardaba el tren o el autobús en llegar a Murcia. A Murcia, repetí contenta, ya que a esta ciudad viajó también Donato. Eran las doce de la mañana y desde Barajas, tomamos el vehículo hacia Murcia. Se trataba de la primera vez que mis ojos veían edificios muy grandes y una ciudad bien organizada. No encontré en la calle montones de Basura como lucían en la capital de mi país, Malabo; edificios arruinados y carreteras mal asfaltadas o sin asfaltar. No. Madrid me pareció el paraíso, el lugar que no conocía: ni yo ni nadie, pero que según mi madre, acoge a todas las personas fallecidas que durante la vida, se portan bien con los prójimos. Mi hermana Anita vivía en un cuarto piso con ascensor y en un barrio muy céntrico. Omar tocó el timbre y desde el telefonillo, le informó a una mujer que ya habíamos llegado y que se marchaba a casa. Me mandó subir al apartamento y se marchó. Pero yo no sabía llegar al lugar indicado, por lo que me quedé con 1 maleta en brazos y cubriéndome con una sabana. No podía con el frio. La mujer que contestó al timbre descubrió que yo era una primitiva porque tardé quince minutos sin subir: no sabía utilizar el ascensor. Llegó con un "hola" entre dientes y abrazándome con dos besos en las mejillas.

-Soy una empleada de tu hermana, pronunció la joven, de piel muy clara y coqueta. Mi nombre es Isabel. Sube, por favor.

Tomó mi maleta y sí, ¡ella sabía utilizar el ascensor! Llegamos a casa y Anita no se encontraba allí, al menos en el salón. Pero sí, vi a muchas chicas. La mayoría tenía veinticinco y treinta y cinco años respectivamente. Se enloquecieron al verme, ya que todas se abalanzaron sobre mí dándome la bienvenida y diciendo frases como: "bienvenida a

España, chica negra". Isabel me pidió que la acompañara y entramos a una habitación. La casa de mi hermana se componía de cuatro habitaciones: nosotras entramos a la más pequeña, que acogía dos camas literas. Tras conocer dónde iba a dormir, me senté un rato y le pregunté a mi acompañante dónde se encontraba mi hermana. Me informó que estaba ocupada en una de las habitaciones. Las ganas de verla, después de diez años, me conmovieron y sin tocar la puerta, la abrí con cuidado para sorprenderla. No fue buena idea.

Anita estaba acurrucada sobre un hombre y me ordenó que cerrara la puerta. Lo hice y me quedé con ellos, observando el espectáculo sexual. Le estaba introduciendo la cabeza de un revolver en el ano a un hombre. La introducía y extraía una y mil veces. El agraciado, apenas me pudo distinguir porque mantenía los ojos cerrados y disfrutaba de un placer exquisito, que se revelaba en lo excitado que estaba y en todo lo que decía:

-Méteme la cabeza en el culo y arráncame el calzoncillo, negra.

Y continuaba.

-Mi negra, acaríciame la polla con tus manos negras, tu culo negro y tu lengua negra.

Anita se olvidó de mí y satisfacía todas las demandas de su acompañante. Y yo me quedé allí, observándolo todo y meando encima. El hombre consiguió el orgasmo cuando mi hermana, apretó el gatillo, con la pistola introducida en su ano y se levantó en seguida para vestirse. Entonces, el cliente me vio y preguntó quién era. Anita le contestó que las dos éramos hermanas.

-Entonces, sabrás llevarme al cielo como tu hermana, ¿verdad?, destacó mirándome a mí.

-¿Cómo se va al cielo?, cuestioné.
-Sabrás hacerlo cuando secuestre a tu hermana porque no me paga. Me debe dinero. Mucho dinero. Suministro cocaína y heroína a sus chicas. Lo que acabas de ver, es el precio que paga por no cumplir los compromisos. Por cierto, introdujo, diseñando su no poco enorme pene, recogiendo, ¿Cuántos años tienes?
-Veintiséis, reconocí.
- ¿Eres virgen?
-¿Yo por qué?, repliqué todavía de pie, pegada a la puerta para salir huyendo cuando pudiera. Pero él la cerró con la llave.
-Me gustan que las vírgenes me penetren con el arma. No te preocupes, no te molestaré. No te tomaré como Dios manda, ya que..., me parece un modo conservador de follar. Se trata de..., vivirlo al estilo mariquita. Soy de Senegal, ¿sabes? Y..., mi nombre es Mohamed. Bueno, crecí aquí y descubrí que el sexo se disfruta de otras formas.
Mi hermana Anita escuchaba la conversación desnuda y sentada sobre la cama. Se vistió cuando el camello se marchó. En su mirada observé una imagen de libertina y pérdida de pudor. Ya no era la Anita que conocí de pequeña, la que mi padre consideraba una monjita de clausura. Además, parecía más vieja en la vida real que en las fotos. Me pidió que tomara asiento a su lado y obedecí. Su lado sensible no estaba perdido. Me abrazó y preguntó por todos mis hermanas y hermanos, los primos, nuestros parientes políticos, etc. Entonces llegó el tema de conversación más caliente: mi destino en España, ya que me invitó ella. Me tranquilizó cuando aseguró que se encargaría de mis estudios. "Vas a cursar un módulo", dijo, excitada de alegría y me dio la

bienvenida. Aseguró que el piso era suyo y que lo había comprado con su dinero: dinero conseguido en la prostitución.
-Soy puta, hermana, indicó acariciándome el mentón. Pero no sólo lo soy, estoy rentando un local en el que trabajan chicas y me pagan. Gano bastante dinero con eso, y… ¿Qué te parece?
-¿De verdad te interesa mi opinión?
-Sí, claro que sí.
Giré la cabeza para esquivar su mirada. Pero seguía observándome para escuchar mi respuesta y no tuve otra opción que satisfacerla.
-Soy tu hermana pequeña y tengo dieciocho años. No puedo saber lo que es mejor para ti.
-Bueno, no digas nada. Ahora déjame sólo y ve con Isabel. Seguro que os entenderéis mejor.
Obedecí. Tampoco pude negarme. Isabel me llevó a la cocina y preparó un bocadillo muy rico para mí. Luego, me contó que estudiaba.
-Tengo dos profesiones: prostituta y estudiante. Vivo estos dos oficios con plenitud porque me llenan. Podrías hacer lo mismo.
Le manifesté que no podía por…, porque en mi vida había prostituido. No me prestó mucha atención porque andaba escasa de interés por mis opiniones. Me contó que llegó España hacía tres años con el objetivo de estudiar, y pensando que su tía madre, afincada en la Península durante varias décadas la ayudaría, pero no.
-Me mandó a la mierda. Mi madre está muerta y…, sólo me queda ella. O mejor dicho, me quedaba ella. Ahora, no tengo nada.

Prosiguió indicando que solo la tenía a ella, a su madre. Pero que antes de fallecer, se separó de su padre y junto a sus hermanos, empezó a sufrir.
Entonces, Isabel tenía nueve años, nada que ver con la hermosa hembra de veintidós en la que se había convertido. A medida que preparaba el bocadillo, relataba que su padre se quedó con ellos, porque según la tradición fang, los hombres obtenidos en el matrimonio en caso de separación, se quedaban con el padre. Pero, éste no sabía cómo criarlos: no sabía realizar tareas del hogar. Aun así, les prohibió que vieran a su madre y como no tenía con quien dejarlos cuando se marchaba al trabajo, los abandonaba en casa de su amante de turno. Pero, huían en busca de la madre: la huida costaba varios porrazos. Incluso, los vecinos les vigilaban si les veían con la madre.
-Tu hermana cuida mucho de mí, ¿sabes?, indicó entregándome el bocadillo. Me quiere mucho. Es la única que me quiere. No es como mi tía. Sólo que a veces es mala y muy exigente. Siempre me manda follar con los clientes más asquerosos. Tienes que ser como yo, es decir, estudiante y puta.
-Yo quiero estudiar y trabajar en otra cosa.
-¿En qué otra cosa si eres negra?, resaltó. Las negras, el único trabajo que encontramos en España es el de prostituta. En el resto, te humillan, te insultan. Para los españoles, una persona negra, no constituye una persona.
-¿Y por qué?
-Po que así lo entiende la sociedad: todas las negras somos putas, quiero decirte realmente.
El exquisito bocadillo de queso me agradó mucho y prácticamente me quedé escuchándola sin hablar. Tenía la

boca llena y cada vez que me atrevía a pronunciar una palabra, me atragantaba. Isabel continuó contándome todo lo que recordaba de la casa de prostitutas. Y en seguida, llegó una mujer de treinta y seis años. Abrió el armario y se llevó al salón dos vasos y una cerveza grande. Durante su estancia en la cocina, Isabel se quedó en silencio, pero, aprovechó su marcha para hablar de ella señalando que "aquella vieja", presumía por proceder de Mongomo –el pueblo del presidente actual de Guinea, Teodoro Obiang-. Reconoció que gracias a ella, había iniciado la prostitución:

-Un día, me encontraba en el bar y lamentaba lo mal que lo pasaba. Esta vieja me aconsejó que, una mujer no puede pasar hambre si lleva el pasaporte entre las piernas. Entonces entendí que sí, ¡joder, he estado perdiendo el tiempo!, que la salvación de mi vida se encontraba allí, en medio de una pierna y la otra. Ahora gano dinero. Mucho dinero. Y así pago mi carrera, estudio ingeniería industrial en Cartagena.

Isabel me contó que no tenía novio y explicó por qué.

-A mí en la cama, sólo me gustan las mamadas –sentenció haciéndose con un trocito de mi bocadillo-. Y los hombres, no quieren mamársela a una negra prostituta. No quieren comer el culo de una negra. Pero quieren que se lo coma, ¡ya que pagan!

-¿Por eso no tienes novio?

-Sí, por eso. Por eso odio a los hombres. Hasta puedo abandonar la prostitución si encuentro a un tío que me coma el coño. Bien comido.

Al día siguiente, asistí a clase. El primer día en el aula para una negra residente en Murcia, representa el principio de la soledad y la discriminación. Mucha soledad. Los compañeros

y compañeras se reparten en dos grupos. Los primeros, te observan con una mirada que cuestiona tu presencia allí, ¿es que los negros no se limitan a recoger fruta, a pedir limosna y a residir debajo de los puentes? Este sería el caso de un hombre. Los segundos, arremeten contra las hembras. Para las mujeres, cuestionan si proceden del prostíbulo: directamente del prostíbulo. También es cierto que ninguno de los colegas pregunta directamente si efectivamente eres puta o no. Las instituciones públicas se distinguen por la institucionalización del racismo sutil. El racismo está legislado y con los textos legislativos en mano, ignoran a los inmigrantes. No pueden disfrutar de tal derecho porque la ley lo prohíbe.

Mi hermana Anita saltó todas los límites y, en vez de matricularme en un centro profesional, lo hizo en la universidad, por lo que a primera hora de la mañana del mes de octubre, ya me encontraba en una cola de estudiantes de la Gran vía de Murcia. Si. Una cola.

Murcia se caracteriza por el mal funcionamiento del transporte público. Los autobuses no llegan a la hora indicada y los conductores, casi siempre están de huelga. Los estudiantes por su parte, desconocen dónde denunciar las irregularidades. El ayuntamiento, encargado de contratar empresas de transporte, sólo contrató a una sociedad, por lo que estableció el monopolio. Así que las empresas no tienen con quién competir. No les importa, ni perder el contrato, ni prestar un servicio público eficiente. Los conductores, para justificar el normal recurso a las huelgas, alegan que los empleadores no les pagan y los estudiantes, entonces, se quedan sin aliento. Así lo explicaban los alumnos de cursos

anteriores en el interior de un autobús lleno, y con más de la mitad de los pasajeros viajando de pie.
Yo también viajaba de pie. Para no caerme, sujeté con dos manos la parte superior de un asiento, junto con dos chicas. Las muchachas retiraron sus manos, no de forma busca, sino una detrás de la otra, aplicando el racismo sutil, con un intervalo de cinco minutos, para no tocar las de una negra. Me sentí avergonzada.
Algunos compañeros de universidad para conocer el origen de una persona negra, chapurrean en ingles. "¿De dónde eres?", preguntan. Saben que los negros americanos tienen dinero –por lo que vienen a consumir- y hablan el inglés. En seguida establecen amistades con ellos para mejorar su nivel de inglés. Pero los negros africanos no tienen nada que ofrecer y viajan a España con el objetivo de gorronear: de hacerse sin trabajar con los beneficios del estado de bienestar. Tampoco faltan los compañeros que voluntariamente, preguntan cuando te encuentran en las escaleras si necesitas ayuda, ya que un negro siempre la necesita. Y lo más destacado llega una vez en el aula.
Como ecuatoguineana, pensé que era muy buena hablando el castellano Una afirmación falsa que una vez en la península, descubrí, y de qué manera: ¡al menos varios clases sin entender con perfección el discurso de los profesores! Todo comenzó el primer día. Después de varios minutos en la puerta del aula indicada para primero de sociología, buscando la mejor manera de ubicarme, elegí un asiento situado en la parte trasera de la sala. Sólo así, pensé, que vería mejor el comportamiento del resto de alumnos y con prontitud, me adaptaría. Pero la instructora que impartió clases en la primera hora, hablaba muy deprisa y sólo alcanzaba escuchar las

últimas palabras. Si sabía hablar el castellano, ¿por qué no entendí directamente? ¡No me habría atascado en medio del discurso! Además de a lengua, me sorprendió la edad de la profesora. Tenía veintiséis años, igual que yo. Entonces, pasé toda media vida perdiendo el tiempo, aseguré dentro de mí. La educadora tenía un doctorado, varios másteres y conocía más de tres idiomas. Yo en cambio, no tenía nada. Antes pensé que sus progenitores disfrutaban de mucha fortuna, pero en seguida, ella misma descartó que fuese así cuando preguntó en voz alta si algún estudiante había solicitado las becas generales, es decir, las públicas. Nadie aceptó que sí, ya que en la península, sólo las familias pobres reciben la ayuda del estado en estudios: las que no superan cierto umbral de ingresos anuales. En mi país, Guinea Ecuatorial, los hijos e hijas de los ricos son los que disfrutan de las becas.

-He estudiado con dinero público y no me avergüenzo, indicó ordenando que todo el alumnado se organizara en grupos de trabajo.

Me quedé embobada, observando cómo todo el mundo se integraba en un grupo, menos yo. A mi lado se sentaban sólo chicas y no tenían pinta de aceptarme. Lo supe por la forma de mirarme, sobre todo una de ellas, la única que aparentaba más edad. El resto, la mayoría del aula, tenía entre diecisiete y dieciocho años, digamos que me convertí en la abuelita de primero de sociología. La joven profesora, de ojos verdes, desarreglada, y muy bajita, preguntó si ya estaba todo listo.

-Sí, contestaron todos en medio de un jolgorio.

Pero faltaba yo. Después de preguntar con el corazón en un puño si en los grupos quedaba algún hueco, me acerqué a su mesa y le pregunté tartamudeando si existía la posibilidad de

formar un grupo en solitario. A penas me miró a la cara y sentenció la conversación con un rotundo no. Y añadió:
-¿Eres ERASMUS?
No sabía el significado de esta palabra y con torpeza dije que sí.
-Entonces no te costará integrarte, resaltó, esta vez con una sonrisa relámpago que duró apenas un segundo.
Pero no todo terminó hasta allí. Mi interlocutora descubrió la mentira y lo comprobó cuando me preguntó de qué país procedía.
-De Guinea Ecuatorial, indiqué correspondiendo la fugaz sonrisa.
-Entonces, no eres ERASMUS, corrigió. A este colectivo pertenecen los estudiantes europeos, sólo europeos. Y con más razón te corresponde formar parte de un grupo. Sólo así te podrás integrar.
Habría sido mejor informarme desde entonces sobre el significado de la palabra integración. Pero como universitaria, habría iniciado con mal precedente, sentenciando un suspenso seguro: la profesora no ejercía el papel de un diccionario para mí. O al menos así me pareció. Regresé al asiento, pero todavía sin pertenecer a ningún grupo. Las muchachas que se sentaban a mi lado debatían si asociarse conmigo o no. Solo tres se mostraron de acuerdo, y una de ellas, la mayorcita, indicó que no quería participar con una negra.
-No quiero una compañera negra.
-¿Por qué no?, cuestionó una de las integrantes, vestida de hippy.
-Por qué no y punto, indicó con firmeza y hablando en voz baja, pero no lo suficiente para asegurarse que no me enterase.

La maestra interrumpió la formal discusión y desde su asiento de madera pulida, estableció por decreto que entrara a formar parte de su grupo: del grupo que me rechazaba.
-¿Por qué?, reclamó la muchacha entre dientes.
-Lo he decidido así porque sois el único grupo que dispone de cinco personas. Con vuestra compañera, cumpliréis la cantidad indicada, seis, como el resto de grupos. ¿Algún inconveniente?
-No…, claro que no, tartamudeó la muchacha.
Todo el alumnado, con sus respectivas tareas, buscó un espacio de intimidad para organizarse y repartirse el trabajo. Me fui con las chicas a una sala contigua, parecida a un despacho. Los problemas surgieron en seguida cuando la muchacha que no me soportaba, preguntó de dónde era.
-De Guinea Ecuatorial, reconocí.
-¿Y a qué etnia perteneces? No serás fang, ¿verdad? ¡Estos salvajes! Además de salvajes, también se han hecho con todo el dinero de Guinea, discriminando a las etnias minoritarias. ¡Esta chica tiene cara de fang!
-Si soy fang, ¡qué pasa!
La joven informó a las compañeras que me rechazó como miembra del grupo precisamente por eso, por mi origen étnico. Añadió la muchacha que estaba muy bien informada sobre todo lo que ocurría en Guinea, entre los fang y el resto de etnias. Así, lejos de realizar las labores encomendadas por la profesora, los problemas étnicos centraron el tema de conversación. "No será cierto", comentaban las compañeras. No contesté en seguida. Cuando abandoné Guinea pensé que de alguna manera, me había librado de sus problemas: de la corrupción, del inexistente estado, de los problemas étnicos, de la pobreza, de la población refugiada en el alcohol, etc.

Pero no. No podía huir. Me perseguía a todas partes, Guinea me perseguía y la muchacha también, esta vez levantando mucho más la voz:
-No puedes negar que los fang se han hecho con todas las riquezas del país, de lo contrario, no te encontrarías aquí, en España, y estudiando. Los fang utilizáis el carácter guerrero que arrastráis desde el pasado para aniquilar a todas las etnias. Si no, fíjate en cómo habéis expulsado del país al líder bubi Severo Moto. Pobre hombre, ¡lo está pasado tan mal en Madrid donde vive!
Me marché del grupo y una de las integrantes, Raquel, vino conmigo. A la joven rubia y pija le interesaba saber más. Nos sentamos en las afueras de la facultad y conversamos durante largo rato. Desde entonces empezamos a frecuentar mucho más, sobre todo porque además de enviar un simple email, se dio cuenta de que no manejaba muy bien el ordenador, un requisito muy importante para cursar una carrera en una sociedad digitalizada como la española. Ella me ayudó mucho. Nos encontrábamos todas las tardes en las innumerables salas de informática que disponía la universidad, aprendí mucho y rápido. A mi hermana Anita no le pareció buena idea. Cuando llegué a España, tenía otros planes establecidos para mí. Creyó que asistiría poco a clase y dedicaría más tiempo al bar que rentaba. Mientras, me sentía fracasada y necesitaba alcanzar el nivel de mis compañeros de clase: buen manejo del ordenador, buena comprensión del español y sobre todo, buscaba la manera de integrarme. A ella, el último objetivo le parecía inalcanzable. "No puedes integrarte en España porque eres negra", resaltaba.
La universidad de Murcia señala en el mapa del curso escolar un día específico para la Bienvenida Universitaria. La

institución elabora una lista de actividades, sí, pero los estudiantes tienen un plan muy señalado: emborracharse. Una semana después de llegar a Murcia, Donato me llamó. Su intención era concertar una cita conmigo y lo consiguió. Quedamos en que nos veríamos en la fiesta de la borrachera, el día de la bienvenida universitaria porque él también estudiaba Veterinaria. Pero, cambié de planes. Intuí que me aburriría, ya que apenas tenía amigos. Al final me convenció. Como faltaban días para la celebración de la fiesta, concertamos un encuentro al día siguiente en la plaza del ayuntamiento, un sábado, horas antes de que visitara el bar-prostíbulo de mi hermana por primera vez.

Le encontré esperándome, ¡otra vez vestido de pijo!, al lado del hermoso jardín que media la vía del ayuntamiento. Al bajar del autobús disimulé no haberle visto antes, esperando que emitiera algún gesto.

-Muchacha, ¿qué cuentas?, pronunció sonriendo.

Me quedé con el brazo al aire porque en mi país, las personas se saludan normalmente con el brazo, no con los besos. El abrazo que me regaló duró varios segundos y tuve que comunicarle que ya estaba bien. Parecía que no me veía después de varios años. Tampoco éramos amigos de toda la vida, sólo nos conocimos en el aeropuerto y..., bueno, la verdad es que me apoyó mucho y no le iba a defraudar.

-Tienes que venir a la fiesta, me comunicó tomando el asiento en una cafetería. He hablado de ti con mis amigos, ya verás que te sentirás como en casa. En serio.

-No te prometo nada, contesté. Además, mi hermana, no sé si estará de acuerdo.

-Por cierto, tu hermana fue muy grosera conmigo hace días –a Donato le dejé el móvil de mi hermana en el aeropuerto por si

el mío fallaba-. Te llamé varias veces por teléfono y lo tenías apagado. Luego, la llamé y me insultó. Al final del monólogo, porque se quedó hablando sola, me dijo: jodido blanco.
-¿Estás seguro de que era ella?, cuestioné dudosa y tomando la fanta que me sirvió el camarero.
Donato pidió una cerveza. Se lo sirvieron.
-Era ella. Se llama Ana, ¿no?
-Sí. No te preocupes, le tranquilicé. Quizás estaba de muy mal humor y… ¡Huf! El humor de mi hermana no lo soporta ni Dios.
Nos despedimos con un "hasta luego" y varios besos. Al final me dijo que estaba guapa, muy guapa. Le correspondí con las mismas palabras: estás guapo, muy guapo.
Anita se estaba impacientando en el salón de su casa porque yo no llegaba. Eran las nueve de la noche y un sábado, el día de la semana que según ella, ganaba mucho dinero, vendiendo alcohol y a las mujeres que trababan para ella. Cuando me vio aparecer, señaló que mi forma de vida no le gustaba mucho, que sólo me estaba empeñando en una de las labores que me trajeron a España: estudiar, no quería trabajar. Fue la primera vez que me dijo explícitamente que debía trabajar en su bar. Le pregunté en qué.
-Me ha costado mucho dinero traerte aquí, lamentó vestida de ejecutiva. Ponte esta ropa y vamos al bar.
Tiró en el sillón un vestido muy escotado y unos tacones espantosos. Yo no sabía caminar sobre unos zapatos tan sofisticados y antes de salir a la puerta, me caí, lo cual le enfadó mucho más. Me acusó de poco femenina resaltando que además, tampoco tenía las cejas niveladas como una mujer moderna. ¡En mi vida me había cortado las cejas! Dentro del ascensor, me dejó un espejo y pinturas de la cara

con el fin de que me maquillara. No lo sabía hacer. Tomamos el coche, el suyo propio y me prestó diez minutos para pintarme, los que tardamos en llegar al destino, si no me pintaba como debía ser, me echaba a la calle.

-A la calle terminaré echándote por desobediente.

Los dos primeros rostros que distinguí una vez en el bar-prostíbulo fueron los de Omar y el camello. La verdad es que aquél local, sólo se distinguía del resto porque disponía de una parte trasera en la que las mujeres, se acostaban con los clientes, al menos los que no querían llevar prostitutas a sus casas o a un hotel. Los agentes de seguridad encargados del control de las aperturas de negocios, podían visitarlo sin descubrir sus utilidades. Mi hermana me dejó en la barra, allí estaba, disfrazada de chica de moda, pero comportándome como una rústica porque una cosa era la ropa que llevaba, y otra, los modales de chica de pueblo.

El camello se acercó a mí y solicitó para beber, una cerveza, y mucha conversación.

-¿Estás libre esta noche?, me preguntó tragando de un plumazo, medio el contenido de la cervecita.

Le contesté con una mirada que le mandaba al diablo. Pero continuó:

-Tu hermana me debe dinero. Mucho dinero, indicó sentándose sobre un taburete y solicitando más cerveza.

Le serví

-Ya te dije que me gusta que me la metan con la cabeza de una pistola. Pero lo que me gusta más, es que me la meta una chica como tú.

-¿Y cómo soy?

-Estás muy buena. Virgen ya no serás, pero con toda seguridad, todavía tienes el coño en su sitio. Yo quiero ser el

primero en comprobarlo entre todos los clientes habituales del local. Estas cosas engrandecen a los hombres.
-Aquí hay muchas chicas que trabajan en lo que necesitas. Búscalas. Mira –señalé con el dedo a las prostitutas, estaba ocupando una mesa y bebían cervezas-, allí las tienes.
Entre las indicadas se encontraba Isabel, la muchacha que estudiaba y prostituía. El senegalés rechazó la oferta, alegando que no se cuidaban.
-Pasan todo el día follando y sin lavarse. Tú en cambio, aparentas…, digo, pareces limpia y eso. Y como te he dicho. Cuando una mujer no deja reposar el coño…, los hombres huyen, ¿sabes? Voy a descansar y esta noche volveré para estar contigo. Si no lo haces, mataré a tu hermana y…, te quedarás sin nadie que pague tus estudios. Me han contado que te estás esforzando mucho en la universidad.
Omar se acercó también a la barra. Me saludó con un, "me han dicho que un blanco te llama todos los días por teléfono". Él no vino a pedir sexo, sino a aconsejarme. Le sacaba de quicio que estableciera amistades con un español de piel blanca.
Omar estaba vestido de un traje africano y en el cuello colgó una cadena que llamaba "la residencia de Mahoma".
No sabía que el profeta de los musulmanes cambiara de residencia, desde el más allá hasta su mismísimo cuello. El primer minuto que transcurrió en frente de mí lo dedicó a acariciar su religioso collar. Isabel, se acercó a la barra y le provocó con una polémica pregunta: si el próximo año, los musulmanes, lejos de viajar a la meca, lo harían a lo largo de su collar. El comentario le pareció una blasfemia e iniciaron una discusión. Mi hermana tuvo que intervenir para acallar las

voces de ambos. En enfrentamiento subió de tono cuando el musulmán le dijo que era una puta y pecadora.
-Claro que soy puta, respondió agrediendo al religioso.
La joven le agarró del cuello y prosiguió.
-¡Musulmán de mierda! Si prácticamente vives aquí, con las putas. Por qué no te vas a la mezquita, a follar con las mujeres puras. Todas las chicas que trabajamos aquí te hemos follado. Guarro, guarro de mierda. No sabes follar
-No, no no, negó Omar sujetado de brazos por el resto de chicos. La que os ha follado soy yo. A todas. Puedo presumir que soy un hombre de verdad.
-Primitivo, eres un hombre primitivo. El verbo follar es reciproco. A ver si te enteras. Un hombre puede follar a una mujer y ella a él.
-¡Mentirosa!
Mi hermana se encontraba en el pasillo cuando empezó la trifulca y regresó como un trueno gritando a todos los presentes. A Omar le expulsó a la calle y a Isabel, la regañó con la amenaza de ser despedida si en poco menos de un mes, se enfrentaba de nuevo con un cliente. "Son los que nos dan de comer", relató Anita, "si no vienen, nostras no tendremos dinero", aseguró.
La pelea sentó mal en el sector ecuatoguineano presente en el local. Formaban un grupo de tres personas, con edades comprendidas entre los 25 y cuarenta años.
Anita me mandó servirles, sentados en una mesa contigua a la de las prostitutas, todas guineanas. Les atendí y me quedé un momento charlando con ellos, mientras Isabel me sustituía unos minutos en la barra.
Los ecuatoguineanos inculpaban a sus compatriotas de vender el producto nacional, es decir: sus cuerpos, y dañar el

honor de la patria. Con esta última acusación, rechazaban que ellas se acostaran con otros hombres que no fuesen ellos. "Nos corresponden por derecho", reivindicaban con tozudez. Uno de los hombres, muy enfurecido y recién llegado de Guinea, comentó el horror que se encontró en casa de su madre cuando llegó a Madrid. Expuso que nada más llegar, se encontró a su hermana con un niño de dos años. Al principio se mostró muy tierno con él hasta que le contaron el nombre del padre biológico: un congolés. "Me sentí humillado", dijo con el rostro apenado. No podría creer que su propia casa se convirtiera en el refugio de extranjeros. Lamentó que su hermana dejara de lado a todos los europeos y ecuatoguineanos para enamorarse de un don nadie.

-El comportamiento de este niño no es del todo normal, continuó. Se nota que su padre es extranjero. Además, ¡es tan negro! Los guineanos somos negros, pero no tanto. La mayoría tenemos la piel un poco blanca, un poco clara quiero, decir.

-Lo más preocupante, resaltó uno de ellos, con el pelo cortado a lo afroamericano, es que nosotros los guineanos nos distinguimos por la elegancia y la buena selección. Aquí en la Península, prosiguió golpeando la mesa con la palma de la mano, solo mantenemos relaciones sexuales con nuestras compatriotas y las blancas. Nunca se puede ver a uno de los nuestros con negras de otros países como Nigeria, Malí o..., tal. Pero ellas..., nuestras hermanas ecuatoguineanas, si los animales pudiesen embarazar a las humanas, las guineanas se quedarían encintas de los animales. Son tan, tan putas... Todas son putas. Lo juro.

-El producto nacional está siendo exportado, prosiguió el hombre con sobrino congolés. Hasta mi hermana, que recibió

una educación normal, se ha enredado con un... Incluso me cuesta pronunciar su nombre. Sé cómo se llama, pero, no lo quiero recordar. Su acto de deshonra constituye una espantosa humillación que, la verdad, la verdad, todavía no me he recuperado.

Mi hermana Anita me guiñó el ojo desde la barra para que regresara a atender a los clientes. Obedecí. Allí encontré a las prostitutas descansando, después de varias horas de trabajo. Se turnaban en las habitaciones, cuando descansaba una, la otra ocupaba su lugar. Nada más tomar las riendas del servicio, me preguntaron de qué hablaban sus compatriotas.

-No lo sé, mentí.

-Claro que lo sabes y más te vale confesárnoslo todo, recriminó Isabel. Las demás jóvenes hicieron lo mismo.

No dije nada. Pero de igual manera, también iniciaron la ronda de insultos y calumnias. En el fondo, descubrí que se conocían y cada grupo, mujeres por un lado y hombres por el otro, se las guardaban. Isabel fue la que comenzó señalando a todos ellos como un grupito de machistas. Añadió que mientras residiera en España, nunca tendría como pareja a uno de su compatriota porque no les preocupa otra cosa que ser servidos y tocarles los ovarios a las mujeres.

-Convivir con un ecuatoguineano en España puede convertir tu vida en una pesadilla, insinuó otra muchacha de veintitrés años. Esperan que tú pongas la lavadora, que cocines, que cuides de los niños que tenéis en común y que le calientes la cama. Mientras, el tío, se toca los huevos de bar en bar después del trabajo o busca otras mujeres. Al menos, los ciudadanos de otros países africanos colaboran en casa. Pero el guineano no cambia, así como someten a las mujeres en

Guinea, continúan de la misma manera aquí. Es increíble, ¿sabéis?
Más tarde, Isabel prolongó las reclamaciones. Apuntó que su cuerpo sólo le pertenecía a ella y que le molestaba el concepto "producto nacional" al que recurrirán los guineanos para referirse a los cuerpos de las prostitutas ecuatoguineanas.
Media hora después, Donato me llamó por teléfono y le indique la dirección del bar. Llegó cuando mi hermana regresaba de la calle, se marchó para acompañar a un cliente servido por Isabel y se lo encontró en la puerta. Ambos no se conocían y Anita le confundió con un cliente. Le tomó de la mano y entre las prostitutas presentadas –todas sentadas detrás de la barra-, me incluyó a mí. El joven me eligió inmediatamente y nos marchamos a las habitaciones habitadas. Era la primera vez que las visitaba. Se componían de una cama muy chica colocada en un espacio muy reducido. La verdad es que no me hice la idea de cómo se podía mantener allí una relación sexual con comodidad.
Donato y yo nos sentamos sobre la cama de la maloliente habitación y nos quedamos mudos. Nos mirábamos detenidamente y ninguno de los dos hablaba. Hasta que lo hizo él.
-No sabía que trabajabas en…, eso.
-No trabajo aquí, respondí acongojada. El local pertenece a mi hermana y he venido a ayudarla. Ya sabes.
-No sé nada si no me lo explicas. ¿Estudias o prostituyes? Los estudios en la universidad requieren mucha dedicación. Así, en este antro, no vas a ser una mujer independiente como me dijiste en el aeropuerto.
-Estudio, aseguré sin mirarle a la cara.

-Entonces, ¿qué haces aquí?, cuestionó y más tarde se levantó para abandonar el local porque tardé en contestar.
Le pedí que no se marchara. Se quedó.
Pasamos otros tres minutos sin hablar, me miraba con mucha tensión, pero yo intentaba esquivar su mirada decepcionante. Parecía acusarme de algo, de mentirosa. Pero este era mi destino, ayudara a mi hermana en lo que demandara, ¿aunque esto supusiera prostituir en contra de mi voluntad? Me pregunté qué habría sucedido si el cliente no fuese Donato. ¿Me habría acostado con él?
Al parecer, no sólo yo me formule esta pregunta, mi acompañante también, pero en voz alta. No pude contestar, ¡no sabía qué decir! Al final salió de la habitación, a pesar de mis esfuerzos por detenerle. Se personó en la barra y le preguntó a mi hermana cuanto costaba.
-Cuarenta euros, estableció sonriente. A penas has tardado treinta minutos. El preció se debe a la calidad del servicio. La muchacha que te ha atendido, es nueva en el negocio y... todavía tiene el coño en su sitio.
Donato pagó cincuenta euros y se marchó sin mirar atrás.
Anita me abrazó señalando que al final, estoy comprendiendo que debo trabajar para ella y con este dinero, pagar mis estudios. Me regaló diez de los cuarenta euros como propina. Durante la media hora siguiente marqué el móvil de Donato más de cincuenta veces sin recibir correspondencia. Me estaba volviendo loca sin conocer los motivos. A este muchacha le conocí hacía poco, dos semanas, más a o menos. No podía negar que nos vimos poco antes de mi primer día de trabajo en el local de mi hermana, pero esos encuentros no constituían motivo suficiente para explicarle qué hacía o no con mi vida. Mi cabeza reflexionaba al respecto, pero mi

corazón andaba por otro lado. Incluso mi hermana descubrió la excesiva tensión que se acumuló en mi mirada y los nervios que me atormentaban durante el servicio, sobre todo cuando me entregó una bandeja llena de cervezas y vasos -según ella, muy carros- que terminó derrumbada al suelo. "Maldita sea" gritó, en medio de tantas personas desde la barra, sobre todo hombres, preparados para hacerse con una prostituta aquella noche. Me llamó de todo: estúpida, tonta, rústica e incapaz de pintarse como Dios manda. Todo eso, a viva voz. Señaló que no parecía una mujer normal, ya que ni si quiera, sabía caminar con los tacones.

-¿Es que no ves la tele?, preguntó tras ayudarme a recoger los restos de cristales disparados al suelo. En la tele, siempre se muestra a las modelos caminado rítmicamente. Y tú…, no sé. ¡Procedes del bosque o qué!

Avergonzada, me escondí detrás de la barra. Entonces Donato me devolvió la llamada, al menos una, ¡yo había marcado más de cincuenta! Respondí y los dos nos quedamos pegados al móvil sin hablar. Mi hermana descubrió que estaba dialogando y como un perro ensañado con un extraño, me lo quitó.

-¡Respeta mi intimidad!, vociferé.

-Has aprendido muy pronto tus derechos, ¿eh?, indicó escondiendo mi móvil con la mano derecha girada hacia su espalda. Reclamas intimidad, ¿no? Pues, una persona que ha viajado desde Guinea gracias a mí, no tiene intimidad.

-¿Qué te ocurre?, pregunté sin levantarme del taburete.

-No puedes entenderlo. Te prohíbo que te acuestes con un blanco.

-A menos que sea un cliente, ¿cierto?, reclamé con la voz temblorosa.

¿De qué me iba a servir competir por recuperar el celular si mi hermana tenía más fuerza y peso que yo? No sólo poseía todos esos atributos, si no que los lucía presumidamente cuando le hacían falta. Cuando éramos pequeñas, me defendía de los malhechores tanto en el colegio como en la calle empujando a sus víctimas porque su masa corporal se lo permitía. Con el paso de los años, mantuvo el aspecto físico con el que nació y yo continué siendo esbelta. Además, como africanos, nuestros progenitores no enseñaron a respetar la jerarquía. Por lo que saldría corriendo al locutorio o llamar a Guinea para informarles de que en tan sólo dos semanas de llegar a la Península, me estaba comportando muy mal. No la respetaba.

Una de las virtudes que también conservó mi hermana hasta la madurez era la capacidad de hablar durante horas: la heredó de nuestro padre. Después de nuestra breve discusión, intentó dialogar por teléfono con Donato y éste le colgó. Con toda posibilidad, escuchó nuestra discusión. A mi hermana le molestó mucho más y le acusó de no respetar a las suegras.

-¿De qué hablas ahora?, intervine.

-¿A este chico en qué le conoces? Es blanco y todos los blancos, ¡ya sabes!

-No lo sé.

-Pues…, que todos son racistas. Ya lo verás cuando lleves más tiempo aquí.

Cuando salió Anita a tomar el aire en el pasillo, el camello recuperó su lugar. Me dio la impresión de que pasaría toda la noche sin descansar. Me reclamó que atendiera sexualmente a los blancos y no a los negros.

-Te vi entrar con el español, reconoció.

Precisamente, volvió a llamar Donato y me dijo que se encontraba en las afueras del bar, y que saliera a verle. Abandoné al camello y mientras abandonaba el local me preguntó si aquella noche no le follaba con el revólver. Le contesté que se buscara a mi hermana y así me libré de una noche tensa. Subí al coche de mi acompañante y nos marchamos a un lugar tranquilo, a su casa. Durante el trayecto recibí dos llamadas de Anita y no respondí. Al final me envió un mensaje amenazador que decía: si no regresas ahora mismo, te echo de casa. Se lo mostré a mi colega y éste se interesó si efectivamente mi hermana lo haría. Le dije que no, que sólo quería asustarme. Llegamos al pisito de Donato, residía en un barrio muy céntrico y en un bajo. Las paredes del salón recogían diferentes obras del arte y los aparatos estaban digitalizados. Le sugerí que efectivamente era un pijo y no lo dudó, lo reconoció.
-La culpa es de mi madre, explicó preguntándome si quería un café.
-No. Gracias. ¿Tu madre es la responsable de que lo tengas todo?
-Bueno, sí. Ella es empresaria y trabaja como reputada abogada.
Los dos hablamos de todo, de su familia, de su religión –pertenecía al Opus Dey, el menos así lo reconoció-. Me explicó que su familia residía en Madrid y él viajó a Murcia para estudiar en la Universidad católica. Más tarde llegó el momento de hablar de mí, de mi familia, sobre todo de mi hermana. Yo también fui muy sincera con él con respecto a mi hermana. Mi familia vivía en Guinea prácticamente de ella, de los recursos que enviaba. De nada sirvió que mi padre trabajara toda la vida como funcionario y cotizara en la

seguridad social. No. No sirvió de nada porque cuando se jubiló, no cobró la pensión establecida por ley. Se personó varias veces en INSESO (Instituto Nacional de Seguridad Social) para reclamar sus derechos, siempre le contestaron que en toda la institución, no constaba ningún dato suyo, que no encontraban su expediente. Así de claro. Por eso, si desde la independencia mi padre rechazaba la nacionalidad guineana reclamando la española, su sentimiento de identidad adquirió más ímpetu. Mi madre por su parte, dedicó su larga vida en actos de solidaridad: colaboraba en asociaciones eclesiásticas. Mi La familia vivía del salario de mi padre.
Gracias al afincamiento de mi hermana en España, nuestra familia se olvidó del hambre y de la robada pensión de mi padre por parte del estado. Pero, ella además del control económico que ejercía entre nosotros, adquirió el derecho a la palabra. Se hacía todo lo que decía para no perder esta ayuda. Por lo tanto, todo lo que le dijera a nuestros progenitores, se lo iban a creer. Al final, además de tener menos años que ella, aportaba dinero a la familia. Y yo, ¿qué aportaba? Nada. Nada de nada.
Sentados en el salón y tomando café a las dos de la madrugada, Donato me confesó que le gustaba, que físicamente le parecía..., atractiva.
-Uh..., suspiré. No..., no sé qué decir. ¿No tienes pareja?
-No. Tenía pero..., pero me salió con el vicio.
No lo entendía. Lo explicó con sencillez:
-Después de tres años saliendo con una ella, me confesó que estaba enamorada de otra mujer. ¿Cómo lo ves?
Suspiré otra vez, sobre todo porque contaba su particular fracaso sentimental entre lágrimas. Relató que durante los años de relación, la novia siempre anduvo con la misma

chica, pero como amigas. Nunca le confesó que tenían algo más. Pero un buen día, les pilló, ¡en la cama, en su propia cama!, como una pareja normal, haciéndose, cosas anormales. El discurso confuso de Donato me dejó desconcertada y sus lágrimas. ¿Por qué lloraba? Lloraba no porque continuara enamorado de la ex, sino por la burla a la que fue sometido y porque en su cama, se cometiera el pecado: las relaciones entre personas del mismo sexo. Así lo confesó, mientras yo me atragantaba con el café. Al final cambió de tema y aseguró:

-No me parece mal que estas personas sean libres, sino que engañen a personas buenas como yo, personas que dedican su vida a ayudar a los necesitados.

-Entiendo, dije.

Me regañó. No quería que sólo le entendiera, sino que le apoyara corroborando que estas personas me parecían anormales. No lo hice y en seguida cambió de tema. Sugirió acompañarme a casa para que mi hermana no se calentara mucho más la cabeza. En el coche, se disculpó, admitiendo que en realidad, no debió exigirme participación en los hechos que contribuyeron en la ruptura de su anterior relación. Nos despedimos con un beso apasionado.

Anita ya dormía y sólo encontré a Isabel esperándome en el salón de la casa. Con un "te estás pasando" me recibió en la puerta, acompañado de regaños. Los regaños decían que mi hermana estaba muy enfadada, ya que abandoné el trabajo y me marché detrás del blanco, de un blanco que no me querrá nunca con todo el corazón.

-Más te vale encontrar a un negro con el que revolcarte, me aconsejó acompañándome a la ínfima cama litera que me tocó.

Isabel además de ejercer de hermana mayor postiza, curioseó sobre mi encuentro, le encantaban los chismes.

-¡Cuéntame cómo es!, solicitó ayudándome a abrir la cremallera del vestido escotado regalado por mi hermana y sonriendo. ¿La tiene grande?

-No seas chismosa. No sé de dónde sacas que he estado con un tío.

-Te vi subir en el coche con el mismo cliente que atendiste hoy.

-¿Seguro?, interrogué preocupada. ¿También le vio mi hermana?

-¿Lo ves? Tengo razón. Muchacha, cuéntamelo todo con detalles. ¿Te la ha mamado?

-¡Cállate!, interrumpí cerrándole la boca con la palma de mi mano derecha a Isabel. ¡Qué grosera!

-A mi si no me la comen, no hay relación. Y con la cara que pones, me doy cuenta de que ningún chico te ha comido el coño con amor. Es lo mejor que pueden hacerte en la cama.

La fiesta universitaria se celebró el viernes de la semana siguiente. Acudí pero con la promesa de regresar a casa antes de las once de la noche. A mi hermana le hacía falta mucha gente en el bar, primero para atender a los clientes, y segundo para satisfacerles sexualmente, no me incluía en la segunda función, pero ella contaba conmigo. Tres semanas después de mi llegada a la Península, nuestras relaciones fraternales se habían enfriado. Y mucho. No nos poníamos de acuerdo en lo que me interesaba: estudiar. Con veintiséis años acuestas, me avergonzaba estudiar con niños y niñas que tenían entre siete y ocho años menos. Me consideraba una abuela entre ellos. Para mi hermana, la única vía para satisfacer las incesantes

necesidades de nuestra familia en Guinea, era prostituyendo y sustituirla en el negocio muy pronto. Tenía otros planes para mí.

Me invitó a España con visado de estudiante para despistar a nuestros progenitores: ellos sabían que me gustaba estudiar y creyeron que yo sería la esperanza de que uno de sus hijos e hijas, dispusiera de una carrera universitaria. Donato me llevó a las tascas, una de las zonas más frecuentadas por los estudiantes en la capital murciana. Se compone de diferentes paf, discotecas, bares, restaurantes y tiendas de chinos que por las noches, venden alcohol a todo el mundo, inclusive los menores a pesar de que la ley lo prohíbe.

En el local elegido para nosotros se escuchaba mucha música pop, rock, latina, etc. Entre ritmo y ritmo divisé a mi lado a mis compañeras de clase, las cuatro bailaban juntas. Me acerqué a saludarlas y la que menos me soportaba se largó abandonando al resto de sus colegas. A cada una la besé y regresé a mi sitio. Mi paz interior duró hasta que al dijay le dio por introducir la música Rockera. ¡Qué salvajada!

El rock constituye un ritmo occidental que se baila moviendo la cabeza desde atrás hacia adelante y viceversa buscando no se sabe que y siguiendo el ritmo. La primera vez que lo escuché, regresé al asiento porque me volvía loca. Solo yo. Solo yo porque todos los presentes aterrizaron a la pista de baile para sacar el espíritu rockero que llevaban dentro. Salí fuera para tomar el aire y Donato se quedó dentro, antes de abandonar el local me despedí y estuvo de acuerdo. En los pasillos del local no pude sobrevivir a las propuestas sexuales. Una negra tiene prohibida circular sola en las calles españolas, sobre todo de noche. Nosotras llevamos un cartel escrito en la piel que dice: estoy en venta, compradme. Y no

importa el nivel educativo de los hombres porque en las tascas a partir de los jueves en Murcia, son generalmente los universitarios los que circulan por allí.
Apoyada en la pared, un muchacho se acercó y me pidió que le comiera la poya. Aseguró que pagaba bien.
-¡Eh!, negrita, chúpamela bien. ¡Demuéstrame que eres una negra fogosa! Pago lo que me digas.
No le contesté porque me encontraba muy enfadada. Tras huir del ritmo rockero, otro estorbo interrumpía el silencio. Pero él, estaba convencido de que la mamada se la realizara yo aquella noche. Por eso, no se contentó sólo con solicitar los servicios sexuales a distancia, empezó tocando mi hombro, y cómo no lo rechacé, tomó mi mano y continuó:
-Negrita, que tal si pago treinta euros por sólo una mamada. Ten piedad, sólo soy estudiante. No trabajo. Y mis progenitores no me entregaron esta semana la paga. Lo estoy pasando mal, sin dinero, sin novia y sin puta. Sin puta porque me estás rechazando.
-¿Qué te ha hecho pensar que soy puta?, intervine.
-¡Eres negra y vas sola, joder!
-O sea, las negras necesitamos acompañante para que no nos pidan favores sexuales.
-Bueno, no…, sí.
Le señalé con el dedo que a lo largo de la calle, se encontraban varias muchachas, todas españolas y que se marchara a pedir mamadas. Rechazó la propuesta alegando que a cambio recibiría tortas de sus compatriotas.
-Entonces, la única que no te abofetearía, sería una negra.
-Sí, tendría miedo a la Policía.
Entonces le regalé una buena bofetada y se acercaron no sólo los jóvenes que se encontraban en las afueras de los locales,

todas situadas a cero metros una de la otra, sino que acudieron los de dentro. Querían saber qué había sucedido. La novia del muchacho me agarró del pelo, de las rastas que llevaba y entre tirones, me llamaba "la puta negra que provocó a su novio". Los porteros de las discotecas más cercanas nos expulsaron, y con nosotros a los interesados en el espectáculo. La mayoría de los estudiantes le aconsejaron a la muchacha española que dejara pasar el altercado, resaltando que al final, la culpa es de la puta negra que provocó al muchacho. Me extrañó que jóvenes universitarios pensaran así. También llegó Donato, me tomó de la mano y me arrastró hasta la plaza Santo Domingo.

-¿Qué ocurre?

-Me provocó él, dije suspirando. Me pidió que se la mamara e insistió. Me ha ofendido, ¿sabes?

En seguida llegaron los amigos de Donato, dos muchachos, igual de pijos que él. Nos encontraron sentados en frente de una fuente y, ni me saludaron. Nos marchamos a otro local y otra vez tropecé con mis compañeras de clase. Se encontraban en las afueras haciéndose fotos y Raquel me dijo:

-Muchacha, te invito a la fotografía.

No reflexioné y acudí a la llamada. La cámara no pertenecía a la invitadora, sino a la muchacha que no se llevaba bien conmigo. Se encontraba dialogando con colegas y observó cómo nos retrataban la foto. Así que corrió y retiró la cámara. En seguida borró la fotografía que recogía mi rostro y le regañó a Raquel.

-En mi cámara no admito a gente negra.

Donato y yo observamos el suceso y entramos al local, un bar tranquilo, cuyos camareros nos comunicaron que a las doce, cerraban. Entonces eran las once y media. Varios minutos

después de tomar el asiento y solicitado algo de beber, sentí las ganas de mear y entré al baño, situado a cero metros de la mesa que nos acogía. Si durante mi estancia Donato y sus amigos discutían sobre el futbol, más tarde convirtieron a la negra en el tema central de debate.
-¿Qué haces con una negra?, le preguntaron a la vez
Parecían esperar que abandonara la mesa.
-¿A qué se debe esta pregunta?, intervino Donato. Sólo somos amigos, relató.
Yo les escuchaba porque dejé la puerta del baño abierta.
-No sois sólo amigos, reconoció el más alto de los amigos. Hemos observado tu forma de mirarla. Esta tía te gusta.
-Y si así fuera, ¿qué?
-¡Tío, es una negra! No puedes caer más bajo. Hasta Marisa, tu ex novia, se reirá de ti. ¿Vas a cambiarla por esto, por esta..., tía con pelo de estropajo?
-¿Qué significa pelo de estropajo?
-¡Todas las negras tienen pelo de estropajo!
A las cuatro de la madrugada regresé a casa. Mi hermana se encontraba en el salón esperándome y con el rostro largo. No se interesó por los motivos que me obligaron llegar tarde, simplemente me dijo: recoge tus cosas y vete a la calle, a vivir como lo que eres, una negra.
-Me detuvo la Policía, hermana, por una pelea que mantuve en un local. Me enceraron y no ha sido hasta ahora cuando me han dejado libre.
-Me da igual, arremetió. He dicho que te vayas a la calle ya.
Mis pertenencias se encontraban amontonadas en el tresillo del salón y las fui recogiendo una a una. Isabel me observaba con piedad y le rogó a mi hermana que por favor, no me mandara a la calle porque no tenía a dónde ir.

-Se irá con el blanquito que le llena la cabeza de mentiras. No sabe que todos los blancos son racistas. Mi hermana es tonta y nació así. Tonta.
Las quejas de mi hermana se ampliaron:
"¿Por qué no has querido acostarte con el tío del revolver? Me habría perdonado los cuatro mil euros que le debo. Pero no. Prefieres cuidar vigiladamente tus entrepiernas. Será lo primero que se pudra cuando fallezcas, ¿lo sabías? ¡Serán solo diez minutos, hermana! Él te espera en la habitación continua. Si cedes, te quedas conviviendo en casa conmigo. Además, no tendrás que prostituir todos los fines de semana, sólo algunos. Y no te exigiré un tanto por ciento del dinero ganado. Lo gastarás en tus estudios".
Anita me acariciaba la espalda y ¡su mirada!, parecía angelical. Pero bueno, ¿cómo le iba a introducir a un señor un revolver en el ano? Las armas me asustaban. Y esta degradable experiencia, ¿cómo la iba a olvidar? No. No puedo, señalaba en mi interior recogiendo una a una la ropa. Me atreví ingenuamente a tomar el vestido que me regaló la primera noche que visité su bar-prostíbulo. Como una loba, lo agarró de mis manos asegurando:
-Con mis entrepiernas compré este vestido. Tú podrías conseguir más si dejas de lado la animadversión que sientes por la prostitución. ¡Son sólo unos minutos los que pasas con los hombres! Además, te enseñaré a manejarlos, a utilizarlos a tu manera. ¿Los hombres que son?, animales sexuales que sólo quieren eyacular. Me extraña que no lo sepas, con lo lista que eres.

Me marché a la calle con mi "chico blanco" como lo llamaba despectivamente mi hermana. Para mí no era más que un

amigo. Me marché como una negra. Sí. Las negras en las calles de España somos el hazmerreir. Se burlan de nosotras. No importa si tenemos formación, si trabajamos "honradamente" como se señala en España los trabajos socialmente bien vistos. Todas somos tratadas como prostitutas. Nos tratan así por ser negras. Estamos hartas de ser negras, de que nos señalen en la calle como prostitutas negras al lado de una de los bancos, de las universidades, de las plazas, de las iglesias, de cualquier rincón. Las negras necesitamos libertad, respeto en la sociedad española, consideración porque antes que traseros y tetas, tenemos un cerebro. Nos desnudan con la mirada en las aceras, en todos los rincones. Se fijan antes si podemos comerle la polla al jefe de nuestra empresa, a algún universitario en los baños, a algún viejo verde. Las negras somos personas inteligentes, gentiles, amorosas, trabajadoras, madres, emprendedoras, estudiantes. Y como humanas, también somos egoístas, actuamos veces de mala fe, envidiosas. Estamos cansadas de que la sociedad nos trate como extrañas. Nos sentimos excluidas en la sociedad. Si España es una democracia, la democracia implica respeto, inclusión, respeto al diferente. El color de nuestra piel no es una elección. Somos negras porque la naturaleza lo consideró así. Y por cierto, muy orgullosas de nuestro color. Las negras sentimos que existe un muro, un muro institucional contra nosotras. La sociedad como institución nos tiene apartadas. Las negras, somos personas. Queremos ser consideradas libres, iguales, y respetadas como las españolas. Y todo porque nos lo merecemos, porque Las naciones Unidas proclaman la igualdad de las personas independientemente de su raza, origen étnico, *sexo y color*

OTROS TITULOS PUBLICADOS
POR EDITORIAL MEY

Maasa Boleka y Remei Sipi

“La razón de un pueblo”

Remei Sipi

**“La mujer africana-incansable
creadora de estrategias”**

Mbuyi Kabunda y VV

**“Los retos del fin
del siglo en África”**

JM Davies - “Heroes”

**Gerardo Behori Sipi Botau
“sueños y realidad”**

JM Davies

“Nsabi”

JM Davies

“El rincón de Polopo”

José Fdo Siale Djangani

**“Autores Guineanos y
expresiones literarias”**

Varias Autoras

**“El libro de paz
de la mujer angoleña”
(Las heroínas sin nombre)**

JM Davies

“Recuerdos de anteayer”

Joaquín Mbomio Bacheng

“Matinga, Sangre en la Selva”

JM Davies

“La Última Escalada” Tomo II

Modeste Ondo Nguema
Veronique Solangue Okome Beka

**“Manuela de Español
Lengua Extranjera en Gabón”**

Remei Sipi

“Voces Femeninas Antología”

Estos relatos muestran las complejas identidades actuales, a caballo entre Guinea Ecuatorial y España, de las que todos deberíamos ser cómplices. El protagonismo recae en mujeres. Sencillas pero brillantes, son perfectamente conscientes de su responsabilidad en la transmisión de vivencias y sentimientos, que motivó la reflexión sobre la búsqueda de las raíces africanas en Europa o sobre el fatal desenlace que puede conllevar la prostitución como destino impenitente.